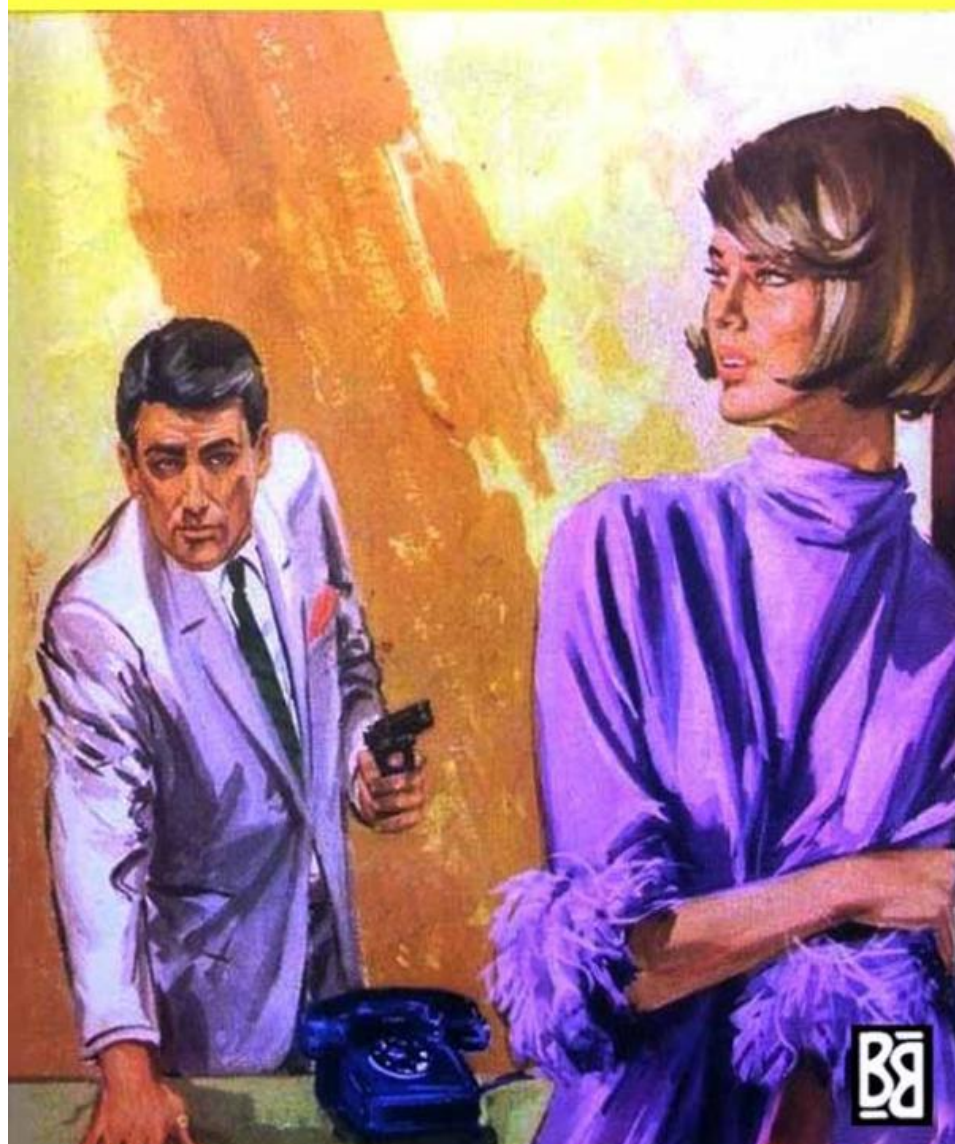


PUNTO
ROJO

vacaciones de sangre

Burton Hare



BR

VACACIONES DE SANGRE



BURTON HARE

VACACIONES DE SANGRE

Colección PUNTO ROJO n.º 122
Publicación semanal.
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 17.116 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN AGOSTO - 1964

© BURTON HARE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JOSE CURTIELLA - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

117. — La muerte trabaja en Miami.

En Colección SERVICIO SECRETO:

727. — Para ti el cadáver.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

17. — Todos contra mí.

CAPÍTULO PRIMERO

El enorme avión militar enfiló la pista y aterrizó con alguna brusquedad. Después rodó suavemente, y cuando se detuvo y los motores enmudecieron, dentro de mi cráneo siguieron zumbando durante unos segundos más. Mis piernas acusaron el esfuerzo al dirigirme a la puerta de salida. Llevaba demasiadas horas metido allí dentro y todos los huesos me dolían como si tuviera reuma. Quien haya saltado el Océano Atlántico a bordo de un transporte del ejército ya sabrá a qué me refiero.

Cuando puse los pies en el suelo me pareció que éste oscilaba. Luego se aquietó. Llegó un «jeep» a toda marcha, frenó y un teniente saltó al suelo, mientras el soldado que lo conducía daba la vuelta al cacharro y lo acercaba después a la portezuela del avión.

El teniente se plantó ante mí, saludó militarmente y preguntó:

—¿Capitán Osborn?

—Sí —le devolví el saludo y después estreché su mano—. De todas formas, no podía usted equivocarse. He sido el único pasajero de este pato salvaje. Pero no sabía que me esperaban ustedes.

—Recibimos un cable del general, señor.

—Ya veo... El viejo quiso asegurarse.

—¿De qué, señor?

—Olvidelo.

Contemplé cómo cargaban mi escaso equipaje en el «jeep». Instantes después rodábamos hacia los edificios del mando. El teniente comentó:

—Ha llegado usted en la mejor época, señor. Excelente temperatura, y con un permiso en puertas para gozar del tiempo y todo lo demás en Florida...

—¿Qué es eso de un permiso, teniente?

—Lo he oído comentar al comandante, señor.

—Ya...

El «jeep» se detuvo bruscamente delante de un achatado edificio y mi guía me acompañó hasta una oficina en la que un aburrido escribiente aporreaba una máquina de escribir eléctrica.

—Le anunciaré al comandante —dijo el teniente. Y desapareció por una puerta, que cerró cuidadosamente desde el otro lado.

Me dejé caer en una silla y encendí un cigarrillo. El escribiente levantó la cabeza y me miró distraídamente. Después continuó martirizando la máquina.

Transcurrió más de una cuarto de hora. Comenzaba a pensar que el teniente se había olvidado de mí cuando se abrió la puerta y él asomó la cabeza.

—Le esperan, señor...

Le seguí por un pasillo cuajado de puertas, cada una con su letrerito. Entramos en la del final, cuyo rótulo pregonaba que aquélla era la oficina del General Daniel C. Cole. Por lo visto el comandante me había traspasado al mandamás. Mi fama debía haberme precedido.

El general tendría unos cincuenta años, era tanto o más alto que yo y sus cabellos grises estaban cuidadosamente peinados. Sus ojos vivos se clavaron en mí en cuanto hube entrado. El teniente cerró la puerta y se quedó fuera.

Había también un Comandante a un lado de la mesa.

El General fue el primero en hablar.

—Éste es el Comandante Kirk, capitán... póngase cómodo si lo desea.

Oculté mi sorpresa por semejante trato. Aparte de su familiaridad, yo sabía que habían recibido el informe sobre mi traslado, de manera que forzosamente tenían que tener un concepto más bien malo de mi comportamiento. El General, en Alemania, lo había calificado de «desastroso»...

Sobre la mesa había una carpeta abierta, con algunos papeles de aspecto oficial y un cablegrama encima de ellos. El General Cole levantó la cabeza y sus ojos claros se fijaron en mí.

—Tengo aquí el informe completo de su actuación en Alemania, capitán Osborn —empezó—. Su hoja de servicios es excelente... hasta el momento de ese desgraciado suceso. También hay aquí un

informe personal del General Warren que no veo muy claro, si he de hablarle con franqueza.

No dije nada. Yo había esperado una filípica de todos los diablos como bienvenida, no un tono amistoso ni unas palabras semejantes.

El prosiguió:

—El Comandante Kirk será su jefe inmediato aquí, capitán. Pero como tiene usted un mes de permiso creo que es preferible aplazar las formalidades de su incorporación a la base hasta su regreso.

—Perdón, señor —intervine, desconcertado—. Yo no he solicitado permiso alguno. Es más, no me corresponde todavía disfrutarlo.

—Es cierto, pero el General Warren nos recomienda que se lo concedamos... para que usted pueda volver a encontrar su tranquilidad de espíritu y aclimatarsen de nuevo al país.

Todo esto me parecía absurdo y faltar de sentido común. Para mí, no tenía pies ni cabeza. Pero me abstuve de manifestarlo así y esperé a ver en qué paraba aquello.

El General gruñó algo entre dientes, cerró la carpeta de golpe y de nuevo volvió a escrutar mi cara.

—He leído el informe sobre el incidente con los rusos. No me parece muy claro... le agradecería que usted nos lo contara con detalle.

¿Dónde diablos había caído yo? Iba de sorpresa en sorpresa.

No obstante, dije:

—Si han leído ustedes el informe sabrán que derribé un caza ruso cerca de Berlín. Hubo un incidente diplomático, protestas y todo lo demás. Eso fue todo...

—Eso es «todo» lo que se ha dicho oficialmente, capitán Osborn. Sin embargo, de la lectura del informe que obra en nuestro poder se desprende algo más. ¿Fue realmente un accidente imprevisto?

Vací. Ya había sufrido incontables molestias por culpa de aquel condenado asunto. Y había dicho la verdad incluso sabiendo que me jugaba la carrera, pero había llegado un momento en que tanto me daba ocho como ochenta.

—No, señor —dije—. No fue del todo accidental. Yo iba preparado para derribar al primer avión ruso que me saliera al paso.

—Ya me parecía a mí que... Pero continúe, capitán.

—Antes de añadir nada más, señor, me gustaría saber si eso es un interrogatorio oficial.

—En absoluto —sonrió, miró de reojo al Comandante y después aclaró—: Llámelo una conversación privada.

—Comprendo, señor.

—¿Por qué iba usted dispuesto a derribar un avión ruso?

Bien, querían la verdad una vez más. Si no me habían expulsado del ejército en el momento del jaleo no había peligro de que lo hiciesen ahora, de manera que le solté toda la historia.

—Un mes antes del combate —expliqué—, los rusos derribaron un transporte nuestro que se había desviado de su ruta. Era un transporte desarmado. Según se dijo entonces, fueron los rusos los que maniobraron para desviar al avión de manera que volara fuera del pasillo de Berlín.

—¿Y bien?

—Los cuatro tripulantes perecieron carbonizados. El piloto era un gran amigo mío. El me había salvado la vida en una ocasión.

—Y usted quiso vengarlo. ¿Es eso lo que quiere decirnos?

—No, exactamente. Lo que ocurrió son cosas con las que todos sabemos que tenemos que cargar. Lo malo fue lo que siguió... También entonces hubo las protestas diplomáticas. La política tomó cartas en el asunto y se cargó toda la responsabilidad sobre el piloto muerto. Nuestros mismos representantes lo declararon así públicamente para satisfacer a los vociferantes rusos, y lo hicieron de tal manera que un hombre como mi amigo quedó convertido en un inepto, en un cualquiera. Y yo sé que era uno de nuestros mejores pilotos. Había hecho aquel mismo recorrido centenares de veces...

Había ido exaltándome a medida que hablaba. El general sonrió y gruñó entre dientes:

—No necesita levantar la voz, capitán. Le escuchamos perfectamente en tono normal.

—Perdón.

—Siga.

—Eso fue lo que me propuse vengar; el escarnio que representaba el hecho de presentar excusas y destruir una reputación intachable después de que la sangre que se había vertido era nuestra.

—Comprendo.

—Eso es todo, señor. Cuando tuve ocasión de volar en un servicio de rutina hice cargar toda la munición a mi avión. Los vuelos de rutina, de entrenamiento, los realizábamos sin munición, ¿comprenden?

—Perfectamente. Usted llenó sus depósitos y emprendió el vuelo. Imagino que se desviaría de su ruta con pleno conocimiento...

—Así es, señor: Penetré más de diez millas en territorio comunista, y me hubiera internado más de haber sido necesario. Pero a las diez millas me salieron al paso dos cazas, interceptores. Era lo que deseaba, de manera que no esperé Su ataque, sino que me lancé sobre ellos con todas mis armas escupiendo fuego. Uno hizo explosión. El otro comenzó a soltar humo y escapó... Eso fue todo, señor.

—Ya veo... armó usted un lío de todos los demonios.

—Así es, señor.

—Poco más o menos, eso es lo que yo había sacado en consecuencia de los informes, leyéndolos entre líneas, pero no sabía qué motivos le habían impulsado a usted. Sin embargo, capitán, entonces fue amonestado, arrestado y amenazado con ser juzgado... pero no sucedió nada de eso. No se habló de trasladarlo a usted. ¿Por qué le han echado ahora de Alemania?

—Eso es otro asunto, señor. Desearía no hablar de ello.

Estuvo pensando sobre esto. Miró al Comandante y éste habló por primera vez. Dijo:

—No tenemos intención de reprocharle su acción, capitán. A todo el ejército nos duele soportar ciertas humillaciones. Pero deseamos conocer todos los hechos para una mejor compenetración con el personal a nuestras órdenes. Le ruego que nos aclare la razón de que su traslado fuera de Alemania haya sido tan... repentino.

—Es completamente privado, señor.

—No obstante, será mejor dejarlo aclarado.

Bien; lo querían saber todo y a mí maldita la gracia que me hacía hablar de aquello. Traté de hacerlo lo más diplomáticamente posible.

—El General Warren creyó que era su deber apartarme de una mujer...

—¿Y por eso lo manda de vuelta a América?

Callé. Sabía que lo peor estaba por venir todavía.

Y vino por boca del comandante.

—¿Quién era la mujer, capitán?

—*Mistress*, Warren, señor.

El General casi se levantó, y el Comandante pegó un respingo como si acabasen de pincharle.

Tras un instante de silencio, el General gruñó:

—No lo comprendo... El General Warren tiene más de sesenta años. Su esposa...

—Su esposa tiene veintinueve, señor —aclaré.

Ninguno de los, dos habló. Cruzaron la mirada, muy serios.

Al fin, el Comandante carraspeó y abandonó su asiento.

—Perfectamente, capitán Osborn... Tiene usted un mes de permiso. En la oficina tomarán su filiación y el lugar donde piense dirigirse. Eso es todo.

Saludé, rígido, y abandoné el despacho. Cuando me alejaba por el pasillo me pareció escuchar una carcajada contenida dentro de la oficina que acababa de dejar, pero no pude estar seguro.

Me tomaron todos los datos habidos y por haber. Todo fue bien hasta que tuve que indicar el lugar donde pensaba dirigirme.

—No tengo la menor idea —confesé—. No sabía que iba a tener ese permiso...

—¿Ponemos Miami, capitán? —me sugirió el oficinista.

—No... Me gustaría un lugar más tranquilo. De todas formas, anote usted Miami. Si cambio de opinión ya se lo notificaré.

No vi al teniente que me había recibido, pero conseguí un «jeep» que me llevó hasta Fort Pierce y allí me quedé, solo y desorientado.

A última hora de la tarde tomé el tren rumbo a Miami. Ya que se habían empeñado en regalarme unas vacaciones las aprovecharía, aunque maldito si me seducía lo más mínimo pasar ese tiempo en plena ciudad. Llevaba años metido en ciudades extrañas, entre paredes y disciplina.

En cuanto puse el pie en Miami supe que no permanecería allí ni dos días.

CAPÍTULO II

Exactamente, estuve en la ciudad un día y medio. Estaba hasta la coronilla de inmensos edificios, aglomeraciones, vehículos y gentes apresuradas. Tal como le había dicho al escribiente necesitaba un lugar tranquilo.

Comencé por comprar un mapa del Estado y estudiarlo con la misma atención que si se tratara de una operación militar cuidadosamente planeada. Cuando me convencí de que así no iba a solucionar el problema, decidí que cualquier sitio resultaría bueno si reunía unas pocas condiciones...

Creí encontrarlo al leer la propaganda del anexo que iba con el mapa y me decidí. Iría al Norte del Lago *Okeechobee*. Como que todavía no estábamos en plena temporada turística podría disfrutar de deportes náuticos, natación y demás diversiones afines, pero todo ello en plena naturaleza, con montes cubiertos de vegetación, viviendo en una cabaña. Total: el Paraíso soñado.

Tuve que alquilar un coche, naturalmente. Elegí un «De Soto», cargué el equipaje y emprendí el camino a media tarde, sin prisas, ya que el viaje apenas si rebasaba las ciento cincuenta millas. No tenía por qué apresurarme.

Al anochecer descubrí las pálidas luces de un parador que parpadeaban sobre el todavía claro cielo, limpio de nubes. Maniobré para estacionar el coche, lo introduje entre otros dos y salté fuera.

El aire era cálido y agradable, cargado del perfume que se desprendía de la vegetación semitropical que lo inundaba todo.

Cuando me dirigía a la entrada del establecimiento descubrí un lujoso «Lincoln» rutilante de cromados y adornos. Silbé por lo bajo ante semejante acorazado. Un coche de cinco o seis mil dólares

siempre inspira respeto.

El interior del bar estaba casi desierto. Sólo había dos bebedores junto a la barra, discutiendo tranquilamente sus respectivas habilidades para la pesca. En una mesa apartada, un matrimonio de mediana edad mataba el aburrimiento hablando en voz baja. Y en otra mesa se sentaba el último de los clientes. Era una muchacha joven, de firme busto y hermosa cara, aunque no pude distinguir los detalles porque estaba envuelta en la penumbra del rincón.

Pedí Un *whisky* con hielo y encendí un cigarrillo. El licor estaba bueno y repetí la dosis, saboreándolo. Me encontraba en paz con el mundo y todo se me antojaba perfecto.

Incluso la solitaria muchacha del rincón. La veía consultar el reloj con impaciencia y demostrar con todos sus gestos que estaba nerviosa. ¿Un plantón del novio de turno?

Terminé mi segundo *whisky* y llamé al mozo. Le señalé a la mujer.

—¿La conoce?

—No —gruñó—. Es la primera vez que la veo. Ni siquiera ha probado la bebida... No me gustan nada esas pájaras.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada. Pero se citan aquí, ¿comprende? Líos; eso es lo que se traen entre manos. Ya me ha sucedido otras veces. Luego se presentan detectives haciendo preguntas porque el marido se ha olido el asunto... No me gusta —repitió machaconamente.

—Pues a ésta le han dado un buen plantón, ¿eh?

—Lleva ahí más de una hora.

—Habría que hacer algo para compensarla de la espera...

—¿Sí?

No había duda de que el tipo no poseía precisamente espíritu romántico. Muy desagradable.

Pedí otro *whisky*, y cuando lo tuve delante lo tomé y me acerqué a la mesa donde la solitaria muchacha seguía más nerviosa que nunca, consultando su relojito de pulsera.

Levanto la cabeza cuando me senté frente a ella y dejé el vaso sobre la mesa.

—¿Le importa que me siente aquí?

Miró alrededor.

—Hay otras mesas vacías —dijo, tensa—. Puede ocupar

cualquiera de ellas.

—Ni hablar. En las demás mesas no hay ninguna mujer abandonada. ¿No se da cuenta?

—¿Qué?

Sus ojos centellearon, furiosos. Era mucho más hermosa de lo que había podido apreciar desde el mostrador. Tenía unos labios suaves de línea, un poco abultados como si invitaran al beso. Sus ojos semejaban dos simas sin fondo, muy verdes y brillantes...

—Váyase —murmuró secamente.

—No lo dice en serio. Alguien la ha dejado plantada, ¿no es cierto? Por eso está de mal humor. Tenemos que hacer algo para remediar eso.

Era un manojo de nervios. Por un instante pareció que iba a soltarme una bofetada, pero lo pensó mejor y masculló entre dientes:

—Déjeme en paz. Alguien debía haberle enseñado educación alguna vez.

—Aunque no lo crea, lo intentaron en su tiempo. Vamos, cálmese. ¿Quién la ha dejado en la estacada?

Bufó, indignada, y optó por callar.

Bien; la cosa se presentaba difícil, pero siempre ocurre así al principio. También durante un tiempo las muchachas alemanas se apartaban de nosotros como de los apestados. Sin embargo, después el trabajo era para quitárselas de encima.

Total: decidí insistir porque no tenía ninguna prisa para llegar a ninguna parte. El tiempo era mío.

—¿Casada? —indague.

Vacilo.

—Sí...

No llevaba ninguna alianza en sus dedos.

—Muy mal —dije.

—¿Por qué?

—¿No lo comprende? Cuando una mujer tan hermosa como usted decide divertirse un poco a espaldas del marido tiene que asegurarse de con quién lo hace.

—¡Es usted despreciable! Largo de aquí o llamaré al mozo para que le eche.

—No se atreverá. Es un muchacho un tanto extraño. No le

gustan las mujeres que condenan citas en su establecimiento. ¿Por qué no es usted razonable y pone algo de su parte?

Pegó un respingo.

—¿Algo de mi parte? —farfulló, roja de furia—. He visto sinvergüenzas en mi vida, pero usted... usted...

—No lo diga. Después tendría que lamentarlo. El juego es entre dos, de manera que no puede hacer el trabajo uno solo...

—¿El juego?

—Naturalmente. El juego del amor. ¿Conoce usted otro más delicioso?

Barbotó algo entre dientes, pero su misma ira le impidió articular las palabras, de manera que no entendí el insulto. Acabó por tomar el vaso y beber todo su contenido en dos largos sorbos.

—Ajá; eso le dará ánimos, pequeña. ¿Quién es el galán que no se ha presentado?

—No le importa. ¿Quiere dejarme en paz de una vez, o tendré que cambiar de mesa?

—No le serviría de nada. Yo la seguiría, así es que las cesas continuarían igual. Créame, se le presenta a usted la mejor oportunidad de su vida para ser feliz.

—Tiene la desfachatez de una rata de puerto. Lo malo es que usted cree que va a lograr algo con todas esas estupideces.

—¡Pues claro que voy a conseguir algo! ¿No se da cuenta? Ésta es la situación ideal para una aventura amorosa. Una mujer casada, dispuesta a correr una pequeña y recatada juerguecita, y que se encuentra de sopetón con que el galán elegido no se ha presentado a la cita. Usted necesita seguir adelante, convencerse de que esa falta de asistencia por parte de él rió se debe a que a usted le falten atractivos... Y no le faltan en absoluto. En una palabra, es preciso que recobre la confianza en sí misma y en su *sex-appeal*.

Seguía furiosa. Sus ojos centellearon al clavarlos en mí, pero no dijo una palabra. Aproveché para añadir:

—Cuanto antes se convenza de que debe crearme más pronto será feliz. Palabra de honor.

—Su cinismo no tiene límites.

—Eso me lo dijo una vez una chica alemana. Después de decirlo me abofeteó, pero una hora más tarde... En fin, lo que sucedió después no es apto para sus delicados oídos.

—Eso sucedería en algún burdel...

—¡Oiga...!

Se levantó, tomó su bolso y se alejó de la mesa con andares de reina.

Quedé helado por su manera de despedirse. No obstante, reconocí que me había ganado aquello y algo más. Tal vez me había equivocado de táctica, uno nunca sabe a qué atenerse con las mujeres.

En fin; mis vacaciones sólo habían empezado. Llamé al mozo y pagué las bebidas. El tipo me miró despreciativamente mientras me dirigía a la puerta por la que ella había desaparecido.

Plantado en el umbral me entretuve en encender un cigarrillo mientras trataba de imaginar qué táctica hubiera sido preciso emplear con aquella hermosa dama.

Estaba pensando en esto cuando la vi venir hacia mi casi corriendo. Daba la sensación de que la peí seguían, de manera que avancé un paso y la recibí entre mis brazos con tanto ímpetu que estuvo a punto de derribarme de espaldas.

—¡Eh, niña! —exclamé, sorprendido—. Estoy dispuesto a creer que soy irresistible, pero no hasta ese extremo.

Ni siquiera respondió. Jadeaba como si acabase de correr diez millas. Y al fijarme en su rostro estuve a punto de olvidar mi sentido del humor. Estaba tan pálida que daba miedo. Sus ojos, desencajados por el miedo, parecían a punto de saltarle de la cara y hasta sus tentadores labios, húmedos y rojos, aparecían crispados en una mueca de terror.

—¿Qué le sucede? —indagué—. En estos tiempos ya no hay fantasmas para asustarse de esta manera.

Levantó la cabeza y me miró. Por entre su terror, sus pupilas se esforzaron en ver algo determinado de mi cara. Al fin balbuceó:

—¡Usted!

—Naturalmente. ¿Podía ser otro quien la sostuviera entre sus brazos?

Se apartó vivamente, pero vacilando como si sus piernas se negaran a sostenerla. Al fin buscó el apoyo de la pared, a un lado de la entrada del bar, y allí se quedó, respirando agitadamente y mirando la oscuridad que envolvía los alrededores del patio de estacionamiento.

Yo también agucé la mirada en un vano intento de descubrir qué podía haberla asustado. No conseguí ver nada alarmante. Ni una sombra moviéndose subrepticamente, ningún tipo ocultándose en la oscuridad... Nada.

Sin embargo, la muchacha temblaba todavía cuando me acerqué a ella hasta casi rozarla.

—¿Qué la ha asustado, muñeca?

Levantó la cabeza. Sus ojos me miraron sin verme.

Aspiró hondo, tratando de calmarse. Desvió la mirada, pero alargué la mano y la apoyé en su mejilla obligándola a darme la cara.

—Vamos, no tiene nada que temer mientras yo esté aquí. No dejaré que la hagan daño, pero tiene que decirme qué es lo que sucede.

Pasó casi un minuto en silencio, mientras ella realizaba un gigantesco esfuerzo para recobrar la calma al fin logró hablar, aunque su voz temblaba ligeramente cuando lo hizo.

—Yo... Me ha parecido ver a alguien... agazapado junto a mí...

—¿Dónde?

Miró a su alrededor. Finalmente señaló los setos recortados que había junto a la carretera.

—Allí —dijo.

No tenía sentido.

—¿Qué iba usted a hacer allí?

—Hay una parada de autobuses.

—¿Iba usted a tomar el «bus»? Yo creía que había venido en coche...

—¡No!

—Está bien...

Se apresuró a hablar ahora:

—He venido en el «bus». Tenía que regresar con él... en su coche...

—Comprendo. ¿Qué piensa hacer ahora?

Vaciló. De nuevo me miró con el miedo retratado en su rostro.

—No lo sé... —confesó al fin.

—Ésta sí que es buena, pequeña. Por el simple hecho de que le ha parecido ver una sombra agazapada no atina a reaccionar... No lo comprendo. Bien —añadí, pensando en que tal vez se me

presentaba la última oportunidad de conquistarla—; yo tengo el coche ahí... Puedo llevarla a donde quiera.

—¿No tiene nada más que hacer?

—Estoy de vacaciones, muñeca. El tiempo no cuenta para mí. Me dirigía a las montañas en busca de un lugar tranquilo, pero regresaré a la ciudad si usted lo desea.

—No, yo... Esperaré el «bus».

—Tonterías. Quién sabe cuándo pasará. Además, tiene que darme una oportunidad, pequeña.

—¿Una...?

—Una oportunidad —repetí—. Recuerde el cuento del gavián y la paloma.

—Ya veo. Se considera un gavián, ¿eh?

—Y con las garras más afiladas que haya podido usted imaginar.

—Si no fuera porque tengo miedo habría para reírse. Es usted un presuntuoso. No tiene la más ligera oportunidad. Además, no me gusta su desfachatez ni su manera de hablar.

—Ya le he dicho antes que eso les ocurre a todas al principio. Deme tiempo y verá... Su escapada le resultará la más excitante de cuantas pudo haber soñado.

—De eso estoy segura... —murmuró entre dientes.

Deslicé mi mano por su brazo, atrayéndola un poco hacia mí.

—Anímese y no piense más en el caballero falto de puntualidad. Yo soy su mejor sustituto.

Se desasíó con un brusco tirón, pero no pareció tan furiosa como antes.

—Mantenga las manos lejos de mí —ordenó.

—Okey. ¿Quiere que la lleve?

—Si.

Desconcertante.

—Bueno, vamos.

Se instaló a mi lado, en el coche. La falda le quedó por encima de las rodillas y puedo asegurar que eran las más hermosas que yo había contemplado jamás. La dama tenía clase en todos los aspectos.

Maniobré para sacar el coche del estacionamiento y una vez en la carretera tomé la dirección contraria a la ciudad. Ni siquiera lo advertí.

Entonces dije, para distraerla:

—Gracias por esta oportunidad, muñeca. ¿Todavía no quiere decirme quién es «él»?

—¿Quién?

—El tipejo que tenía que haberse reunido con usted.

—No le importa.

—Sí me importa. No se entera uno del nombre de un imbécil todos los días. Observe que no le pregunto el nombre de su marido, sino el de su, digamos, amigo...

—Cállese.

—No se excite. Hay algo muy extraño en usted, paloma. Algo que la hace todavía más interesante, más deseable.

—¿Si?

—Seguro. Y yo sé bastante de estas cosas para afirmarlo. Hay en usted la suficiente cantidad de misterio para llenar media docena de volúmenes de «suspense». Eso es lo que aumenta mi interés.

—¿No puede mantener la boca cerrada durante unos minutos? Necesito pensar.

—Yo puedo hacerlo por los dos.

—No sea pedante. Quiere convencerse a sí mismo de que las mujeres caen rendidas en sus brazos tan sólo con que les sople en los oídos sus palabras bruscas y carentes de sensibilidad...

—Le aseguro que otras veces me ha dado buenos resultados. Recuerdo a una muchacha francesa que...

—No me interesa. Y no hay ningún misterio en mí, así es que deje de atormentarme y guarde silencio.

—Eso ya a ser difícil...

Aflojé la marcha y arrimé el coche al borde de la carretera para no estorbar a los que vinieran detrás. Necesitaba reflexionar y la velocidad nunca ha sido recomendable cuando uno tiene la mente tan ocupada.

Era indudable que a mi acompañante le habían dado plantón. Hasta aquí la cosa estaba clara. Ahora bien; si uno se detenía a pensar un poco en eso no dejaba de ser sorprendente que semejante cosa hubiese sucedido. No se falta a una cita con una mujer semejante sin un motivo muy poderoso... Por lo menos, yo jamás hubiera dejado de presentarme. Por otra parte, estaba el susto que ella había recibido. Me había mentido sobre el particular, sin duda

alguna. Nadie se asusta por una sombra más o menos, y menos una dama con el aplomo que ella demostraba en sus escarceos conmigo. ¿Dónde estaba el misterio?

De pronto, delante de mis faros apareció un ensanchamiento en forma de «U» destinado a aparcamiento y cambio de dirección. Metí el coche por el desvío y lo detuve, dejando solo encendidas las luces de situación.

Ella volvió la cabeza y me miró intrigada.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó con mal reprimida impaciencia.

—Nada. Quiero dedicar toda mi atención a usted. Todavía sigue siendo mi víctima.

—¿No se ha cansado aún de hacer el tonto?

—Ni me cansaré. Veamos, encanto... ¿Por qué ha aceptado acompañarme? Nunca me han gustado los acertijos.

—Yo... Bueno, usted deseaba llevarme a la ciudad, ¿no es así?

—Nadie ha hablado de ir a la ciudad. Por si le interesa saberlo, hemos tomado la dirección contraria precisamente.

Pegó un respingo y dirigió la mirada a la carretera.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Quería estar a solas con usted, querida. Vamos, confíe en su hermanito mayor y todo irá bien. ¿De qué tiene miedo?

De nuevo se sobresaltó. Estaba inmóvil, con sus ojos rehuyendo los míos. Sólo tuve que inclinarme un poco y sus labios quedaron aplastados bajo los míos. Se resistió violentamente, pero logré sujetarla de manera que no tuviera escapatoria y el beso duró tanto tiempo como se me antojó.

Cuando la solté su respiración era jadeante. Estaba más hermosa que nunca, con sus ojos chispeando de ira, los labios entreabiertos, rojos y húmedos. Pensé que iba a poder escuchar el rechinar de sus dientes, pero no sucedió así. Se limitó a balbucear algo incomprensible. Su voz temblaba.

—¿Se siente mejor, paloma?

—¿Por qué ha hecho eso?

—¿Por qué se besa a una mujer? Recuerdo que una muchacha italiana me hizo esa misma pregunta una vez. Le aseguro que la respuesta que le di no fue en palabras... y lo sorprendente es que le encantó esa respuesta.

—¡Cállese! Seguramente jamás ha salido de Florida...

—No apueste un centavo. Lo perdería... Bien; ¿quiere decirme ahora por qué estaba tan asustada?

Su respuesta consistió en una bofetada que estalló como un latigazo en mi mejilla. Todo rastro de sangre huyó de su cara y quedó tan pálida que me dio escalofríos. Temblaba y sus ojos iban desorbitándose por instantes.

Un ataque de nervios.

Lo único que faltaba.

Empezó a llorar histéricamente y se cubrió la cara con las manos. Mi mejilla ardía, pero ése era un detalle que no me preocupó en absoluto en aquellos instantes.

Le rodeé los hombros con el brazo y la atraje hacia mí, de manera que quedó apoyada en mi pecho. Su histerismo iba en aumento y los sollozos resultaban ruidosos, estridentes...

—Bueno, bueno, tómelo con calma —dije con voz ronca—. Por un solo beso me parece mucha reacción.

De repente dejó de llorar y quedó inmóvil, relajada, apoyada contra mí. Intenté levantarle la cara y entonces descubrí que se había desmayado.

¿En qué diablos de lío me había metido?

Busqué el frasco aplanado y apliqué el gollete a sus labios. El *whisky* debió arder en su garganta, porque empezó a toser y a moverse. Poco a poco recobró la conciencia y sus asustados ojos miraron a su alrededor, estupefactos. Tardó un poco en recordar.

Cuando lo consiguió balbuceó entre dientes:

—Lo... lo siento...

—No se preocupe. Ya pasó todo.

El temblor seguía dominándola, lo cual demostraba que no todo, había pasado.

Estaba a punto de reanudar mi especie de interrogatorio cuando ella murmuró:

—No puedo más... Es... es espantoso...

—¿Qué es espantoso?

—Todo... Yo...

Calló y se estremeció. Guardé silencio esperando que siguiera adelante, porque estaba seguro que la barrera había sido rota y que ya no podría callar aunque lo deseara.

Acerté.

—Le he mentido —confesó.

—Ya lo sé.

—No... no comprende. No he ido al parador con el autobús...

—Bueno.

—Mi coche estaba en el estacionamiento.

—¿Sí?

—Es un «Lincoln»...

Estuve a punto de soltar una exclamación. Así que el coche de millonarios era de la asustada dama que se estremecía a mi lado...

—¿Por qué no ha querido regresar con su coche y ha aceptado viajar en el mío?

—Yo... Yo deseaba alejarme de allí.

—Podía haberse alejado con el «Lincoln».

Sacudió la cabeza con violenta energía.

—¿No lo comprende? —Casi chilló—. Había un hombre en él.

—Bueno... No me diga que ha tenido miedo de ese hombre. Podía haberle obligado a...

Negó con la cabeza, interrumpiéndome. Luego dijo:

—Estaba muerto.

Esta vez fui yo quien pegó un respingo.

—¿Muerto? ¿Quiere decir que el hombre que había en su coche estaba muerto?

—Sí... ¡Oh, sí. Dios mío!

Sentí una corriente de hielo subirme por la espalda y detenerse en mi nuca. Se quedó allí con una sensación muy desagradable.

—¿Cómo sabe que estaba muerto? —pregunté—. Podía ser un vagabundo cualquiera... o uno de esos bastardos que se dedican a sorprender mujeres solas...

Siguió moviendo la cabeza de un lado a otro obstinadamente.

—Estaba muerto... —repitió.

—Está bien, usted gana. ¿Cómo sabe que era un fiambre? ¿Le habían cortado la cabeza acaso?

—¡No bromea con esas cosas! Tenía algo arrollado al cuello... Y su cara... ¡Era espantoso...!

—¿Estrangulado?

—Sí...

Dejó que el aire saliera silbando de mis pulmones. Una vaga

sensación de inquietud empezaba a dominarme. Una cosa es liarse con la primera mujer hermosa que se encuentra al paso, y otra muy distinta embrollarse en un crimen. Suponiendo que la aterrada muchacha no estuviera equivocada, naturalmente.

—¿Conocía usted a ese fiambre?

Se sobresaltó.

¡No hable así! —estalló—. Sí... era... era el hombre que tenía que reunirse conmigo...

Las cosas encajaban. Morir es un buen motivo para no acudir a una cita.

—Iremos a verlo —decidí, apretando el arranque.

Su mano se engarfió sobre mi brazo.

—¡No! —chilló—. ¡No quiero volver al coche...!

—Tiene que hacerlo. ¿No quiere comprenderlo? El coche es de usted. Alguien descubrirá él fiambre... Perdón, el cadáver, y entonces se verá metida en un enredo de todos los diablos.

Conduje despacio hasta terminar la maniobra, y cuando estuve en la carretera hundí el acelerador hasta el fondo. El auto voló sobre el asfalto como bala de cañón.

Ella se mantuvo en silencio las primeras millas. Cuando lo rompió fue para murmurar:

—¿Qué... qué se propone hacer cuando lleguemos allá?

—No lo sé...

Pensé que por mucho menos me habían expulsado de Europa. Se me ocurrió preguntarme a dónde me mandarían ahora si las cosas se complicaban...

CAPÍTULO III

No había ningún signo de agitación. Los coches se alineaban correctamente y el «Lincoln» relucía cual una joya en el mismo lugar que ocupaba cuando lo había visto por primera vez.

Detuve la marcha al borde de la carretera, junto a la entrada del estacionamiento.

—Parece que tenemos suerte. No lo han descubierto —dije.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Primero quiero asegurarme de que no ha visto visiones, palomita.

Me incliné sobre ella y la besé rápidamente. Esta vez no luchó ni hubo ninguna bofetada. Algo habíamos ganado.

Salté fuera del auto y me acerqué sin prisas al lujoso vehículo cuyos cromados lanzaban destellos bajo la luz del faro azulado.

Con sólo abrir la portezuela trasera del «Lincoln» me convencí de que ella estaba en lo cierto. El tipo estaba allí, caído sobre el asiento, acurrucado. Tenía la cara vuelta hacia arriba, y a pesar de la poca luz que penetraba allí dentro comprendí perfectamente por qué ella se hubiese asustado hasta el pánico. No era nada agradable de ver. Lo habían estrangulado con una corbata que todavía llevaba firmemente hundida en el cuello. Los ojos desorbitados semejaban querer saltar de las órbitas, y la lengua le colgaba, negruzca, como la de un perro sediento.

Cerré la portezuela y miré a mi alrededor.

Nadie.

Regresé a mi coche y me instalé ante el volante. Encendí un cigarrillo y noté que mis dedos temblaban ligeramente.

—Tenía usted razón, niña... el fulano ha sido estrangulado.

No dijo nada. No había mucho que decir de todas maneras.

—¿Sabe quién puede haberlo hecho? —indagué.

—No. ¿Cómo podría saberlo?

—Usted le conocía, yo no. En fin, hay que avisar a la policía. Casi saltó en el asiento.

—¡No!

La miré con redoblado interés.

—¿Por qué no? Usted no lo ha matado. No tiene nada que temer.

—¡Al diablo! Se trata de un crimen. ¿No quiere darse cuenta de esto? Alguien le ha apretado el cuello con su propia corbata. El asesino caerá en manos de la policía tarde o temprano. No pueden hacerle nada a usted...

—Pero el escándalo...

—Déjese de tonterías. ¿Se refiere a su marido?

Debió notar la burla en mi voz, porque balbuceó:

—No hay ningún marido.

—Ya lo sabía. No me ha engañado ni un segundo...

—Pero estoy comprometida... Mi padre ocupa una posición importante en la sociedad y ese escándalo... ¡No, cielos! No puedo llamar a la policía y contarle todo...

—Bueno, usted verá lo que decide. El fiambre está en su coche, no en el mío...

—No sé qué hacer... ¡No puedo ni pensar!

Se volvió hacia mí y se acercó tanto que su cuerpo presionó mi brazo. Acercó su cara a la mía y me miró con sus grandes y profundos ojos.

—¿Qué pasa ahora, niña? —dije con voz insegura.

—Usted puede ayudarme... Parece un hombre decidido...

—«Soy» decidido, pero no con un cadáver por en medio. ¿Qué brillante idea se le está ocurriendo?

Su respuesta fue de las que no se olvidan jamás. Sus brazos se enlazaron por detrás de mi nuca y su boca subió al encuentro de la mía y estalló allí como un volcán. El beso que yo le había dado antes quedó reducido a un juego de niños comparado con lo que ella desencadenó.

Y el estallido se prolongó, agigantándose, ardiendo como un incendio y arrebatándome la voluntad.

Cuando me di cuenta de que se había apartado noté que me

faltaba el aliento. En mi boca continuaba el sabor de la suya.

—Tienes que ayudarme...

—¿De qué manera?

—No lo sé. Piensa algo... puedes hallar una salida si tú quieres...

—No hay salida alguna. A menos que...

—¿Qué?

La idea era descabellada, estúpida. Podía llevarnos a un desastre. Pero el beso estaba haciendo sus efectos, convirtiendo mi mente en un caos.

Por si algo faltaba ella seguía apretada contra mí y el sentir la firmeza de sus formas embrollaba todavía más mis ideas.

—Escucha; conducirás este coche hasta el lugar donde hemos estado hace poco... aquel desvío de la carretera. ¿De acuerdo?

—¿Y tú, qué piensas hacer?

—Te seguiré con el «Lincoln». Buscaré un lugar desierto y escondido y abandonaré el cuerpo. ¿Comprendido?

Me miró intensamente. No pude comprender todo lo que se agitaba en el fondo de sus hermosas pupilas, pero sus labios temblaron y trató de sonreír sin lograrlo.

—Gracias...

—Mi nombre es David.

—El mío Marjory...

—Me gusta. Ya me darás las gracias más tarde... Yo te diré cómo se demuestra el agradecimiento, encanto.

La besé de nuevo. Era un torbellino de sensaciones cada vez que sentía sus labios en los míos.

Al separarme abrí la portezuela.

—Recuérdalo; me esperarás en el desvío. ¿De acuerdo?

—Sí, David... Toma, las llaves de mi coche...

Salté fuera del auto y esperé a que ella le diera la vuelta y se alejase antes de ponerme en movimiento.

Cuando las rojas luces de cola hubieron desaparecido comencé a pensar que había sido un idiota. Si la policía me echaba el guante con aquel cadáver en el coche iba a verme envuelto en el mayor lío de toda mi vida...

El «Lincoln» era mucho más rápido que el otro cacharro, de manera que voló por la carretera como un bólido. El motor

zumbaba suavemente, pidiendo más gas todavía. Se lo di. El aire silbaba y ése era el único ruido dentro de aquel palacio rodante.

No miré al cadáver ni una sola vez hasta que estuve lejos del parador. Entonces reduje la velocidad y comencé a examinar las inmediaciones, de la ruta. No tardé en descubrir un terraplén cubierto de zarzas. Era lo que necesitaba.

Detuve el coche y pasé a la parte trasera. El cadáver estaba sobre la alfombra. Debía haber caído debido a la velocidad y las curvas. Antes de moverlo examiné sus bolsillos. Según sus documentos, aquel desgraciado se había llamado Arthur York, de treinta años, con licencia de conductor y licencia de armas. Sin embargo, no llevaba ni un miserable sacapuntas. La licencia no le había salvado la vida.

También encontré una credencial acreditando que Arthur York era miembro de la directiva del «National Trust». Aparte de todo esto llevaba más de doscientos dólares, lo cual anulaba toda idea de robo.

Bien, no podía perder más tiempo. Saqué el cuerpo y en unos segundos desapareció por la masa de zarzas. Cuando fuese hallado la policía se rompería los Cascos para averiguar cómo había ido a parar allí.

Volví al coche y reanudé la marcha a toda velocidad. No tardé más que unos minutos en llegar al desvío. Y allí experimenté la primera sorpresa.

No había ni rastro de Marjory ni del coche.

Durante unos instantes me aferré a la idea de que tal vez se hubiera equivocado de lugar. Quizá le había pasado inadvertido el desvío.

Pero eso duró poco. La razón se impuso y comprendí con amargura que me había dado esquinazo, que se había burlado de mí y de mis bravatas de conquistador.

El gavián y la paloma.

¡Cuernos!

Una zorra y un perrito faldero. Eso había sido yo para ella. Un perrito de aguas.

Mascullando maldiciones en todos los idiomas que conozco, lancé el «Lincoln» como una tromba carretera adelante con ánimo de alcanzarla. Una ira sorda me dominaba, impulsándome a

espetarle en su propia cara todo lo que pensaba de ella. ¡Haberme dejado engatusar, cargando con un cadáver! ¿De qué me servía toda mi experiencia?

La cinta negra de la carretera volaba bajo las ruedas como una serpiente viva. Millas y millas a una velocidad endiablada, aunque sin resultado. Me había tomado demasiada delantera.

Al fin distinguí las luces de un pueblo. Sólo reduje la marcha cuando me interné por su calle principal. No era muy grande, pero sí lo suficiente para que hubiese un dédalo de calles laterales en cualquiera de las cuales se podía abandonar un coche.

Estuve dando vueltas con la esperanza de descubrir mi «De Soto», y cuando ya desesperaba de encontrarlo lo vi estacionado junto a una gran verja metálica.

Detuve el «Lincoln» al lado del polvoriento «De Soto», salté fuera y miré a mi alrededor para orientarme. No necesité ningún esfuerzo para comprender lo que había hecho la pequeña zorra. Aquello era la estación del ferrocarril.

Sólo necesité un par de preguntas para enterarme de que hacía quince minutos que había pasado un tren con destino a Miami y que una muchacha lo había tomado, Sólo habían subido cuatro viajeros en aquella estación, y uno de ellos había sido mi «conquista». No había duda de esto. La descripción entusiasta que el empleado hizo de la mujer era inconfundible.

Regresé hacia los coches mordiendo las maldiciones.

Naturalmente, podía meterla en un buen lío si denunciaba el caso. Pero entonces me vería envuelto yo también por haber trasladado el cuerpo y haberlo escondido entre los zarzales.

Un bonito enredo.

De repente me di cuenta de que estaba cansado, hastiado, y que lo único que deseaba era dormir y olvidarme de todo. Mandar al diablo incluso el recuerdo de lo sucedido.

Puse el «De Soto» en marcha y lo conduje despacio en busca de un hotel.

Pasé una noche de infierno, asaltado por pesadillas pobladas de cadáveres, mujeres sonrientes que me ofrecían sus labios rojos y que cuando me disponía a besarlos se convertían en muecas descarnadas de otras tantas calaveras...

Desperté empapado de sudor, inquieto y furioso conmigo

mismo.

Mientras me duchaba pensé en todo lo sucedido. Lo que más me enfurecía era la jugarreta de que ella me había hecho víctima. Me sorprendió no experimentar remordimiento alguno por lo que había sucedido. Después de todo, al cadáver ya no podía importarle lo que le sucediera, y por otra parte, era indudable que ella no lo había matado, de manera que, en principio había obrado bien tratando de ayudarla a salir del atolladero. Era ese pensamiento el que llenaba de indignación cada recoveco de mi mente. ¡Haberme pagado el favor escapando, dejándome en la estacada!

Acabé de vestirme y tras pagar la cuenta abandoné el hotel. Casi sin proponérmelo conduje el coche hacia el apartamento de la estación.

Allí estaba el «Lincoln», tal como yo lo había dejado. Metí el «De Soto» en un hueco y me acerqué al lujoso vehículo. Antes de alejarme de allí quería tomar algunos datos.

Lo primero que descubrí fue que la patente estaba a nombre de Austin Coburn. ¿Quién sería ése? Ella había reconocido que no había ningún marido por en medio...

Anoté el nombre y las señas del tal Coburn. Quizá algún día me servirían de algo.

Tras esto me dispuse a abandonar el coche y con él el problema que me obsesionaba. Dediqué una última mirada al departamento posterior, allí donde el cadáver había rodado por el suelo. Aquel desgraciado, sin él saberlo, me había amargado las vacaciones.

Estaba a punto de alejarme del coche cuando creí ver algo que lanzaba destellos sobre la alfombra del coche. Algo muy pequeño...

Abrí la portezuela y lo tomé. Me quedé allí, tieso como asaltado por un ataque de parálisis, con la mirada fija en el pedrusco que destellaba entre mis dedos como un ojo maligno y brillante.

Era, nada más y nada menos, que un diamante casi del tamaño de un guisante.

Aturdido, tardé algunos segundos en reaccionar. Seguramente el pedrusco había caído del bolsillo del cadáver cuando éste se desplomó al suelo durante la cañera.

De repente me sobresalté. Miré a mi alrededor, temeroso de que alguien me hubiera descubierto. Pero nadie me prestaba atención.

Regresé a mi coche dándole vueltas a la joya entre mis dedos.

No sabía qué hacer con ella y, por otra parte, tampoco me seducía la idea de largarme de vacaciones con la gema en el bolsillo. Y tampoco podía dejarla dentro del coche sin correr el riesgo de que alguien diera con ella y se olvidase de devolverla a su dueño... o por lo menos al propietario del coche. Éste sabría qué hacer con el diamante.

Sin embargo, eso significaba volver a Miami dejando colgadas las vacaciones, aunque, sólo fuese por un día...

Acabé tomando el rumbo de la ciudad, aunque tuve que confesarme que, en mi decisión influía también en gran parte la esperanza de tropezarme de nuevo con la hermosa Marjory. Ardía en deseos de soltarle todo lo que opinaba de ella y ésa podía ser una ocasión tan buena como otra cualquiera.

Durante todo el viaje no cesé de darle vueltas en mí mente al asunto en que me había mezclado sin comerlo ni beberlo. No era que me impresionase demasiado la vista de un hombre muerto. Yo había visto más cadáveres de los que podría olvidar jamás. Pero, analizando el problema, la verdad era que nunca me había tropezado con un asesinato. Súbitamente me sorprendí pensando en la sensación que debió experimentar el asesino mientras apretaba la corbata alrededor del cuello de su víctima.

Sin duda debía ser algo terrible. Una impresión enloquecedora.

En cierto sentido, yo conocía ya algo semejante. Cuando vi caer el avión ruso envuelto en llamas, mientras mi aparato rugía en persecución del otro, recuerdo que me invadió un delirio frenético, una especie de embriaguez exultante al imaginar al piloto enemigo muriendo dentro de su ataúd metálico. Fue un entusiasmo anormal, exaltado y loco porque aquel hombre que se abrasaba en pleno espacio representaba la venganza...

Sin embargo, no era lo mismo que matar con las propias manos, apretar el cuello de una persona hasta verla morir entre estertores...

Me estremecí. ¿Estaría volviéndome loco?

Hundí el acelerador y devoré millas y millas hasta que me encontré inmerso en el río de coches de Miami.

Tuve que indagar la situación de las señas que llevaba anotadas, y cuando llegué al lugar no pude contener un silbido de asombro.

Una inmensa verja semioculta por la vegetación. Algunos acres de terreno maravilloso, cubierto de césped primorosamente

cuidado. Y, en alguna parte dentro de aquel paraíso, debía haber un palacio que hiciera juego con la riqueza que imperaba en aquel rincón de Miami Beach.

Una gran reja cerraba la entrada a la propiedad. Una reja por la que hubiera pasado holgadamente un acorazado. A un lado de ella había el botón de un timbre protegido por una pequeña pantalla. Lo apreté largamente pensando que el pobre portero tardaría un siglo en llegar allí. Me sorprendió apareciendo como por arte de magia procedente de un macizo de vegetación. Debía haber un pabellón allí.

—¿Míster Coburn? —pregunté.

—Vive aquí —dijo—. Pero no recibe visitas.

—¿No? ¿Cómo hay que hacer para verlo, pedir audiencia?

—Tiene sus oficinas en la ciudad, amigo. Trate de verlo allí.

Pensé en mis vacaciones. En mi viaje de vuelta con el exclusivo objeto de entregar la joya.

—Nada de oficinas —exclamé, decidido—. He hecho un viaje para ver a míster Coburn y devolverle algo que supongo le interesará. De manera que le avisa usted o me largo. Algún día se tirará de los pelos cuando advierta la estupidez que ha hecho.

El hombre se escandalizó. No debía estar acostumbrado a semejantes andanadas.

—¿Qué es lo que tiene usted que devolverle?

—Si se lo digo sabrá usted tanto como yo.

—En ese caso...

—Al diablo. Cuando quiera recuperarlo que me busque, compañero.

Di media vuelta y me encaminé al coche. El tipejo vestido con chaleco a rayas debió pensar que tal vez fuera mejor intentar un arreglo, porque me llamó apresuradamente. Volví sobre mis pasos.

—Le anunciaré —dijo con mal talante—. ¿Cuál es su nombre?

—Nada de nombres.

—Pero... Comprenda... es algo insólito...

—Nada de nombres —repetí con firmeza.

Se encogió de hombros.

—Espere —acabó por decidir—. Hablaré por teléfono con la casa.

Desapareció entre los arbustos recortados y los arriates de flores.

Encendí un cigarrillo y aguardé pacientemente. Era una experiencia nueva para mí todo aquello.

No tardó ni tres minutos en estar de vuelta.

—Míster Coburn le recibirá, señor.

La cosa había cambiado.

Manejó algún mecanismo escondido a un lado de la gran reja y ésta se abrió silenciosamente.

—Puede entrar con el coche —masculló—; la casa queda algo apartada.

Recorrí media milla de sendero antes de descubrir la inmensa construcción. Su estilo colonial era impresionante. Gruesas columnas sostenían una galería que podía servir de campo de aterrizaje, y en el porche que quedaba bajo ella hubiera podido acampar un regimiento en pie de guerra.

Otro tipejo con chaleco rayado estaba esperándome con la puerta abierta. Subí los escalones, me saludó ceremoniosamente y me guió por unos inmensos salones hasta dejarme en un despacho a tono con todo lo que llevaba visto hasta entonces.

Casi al instante entró un hombre de unos sesenta años, erguido, robusto y de tez morena. Debía practicar algunos deportes al aire libre, porque sus movimientos delataban una agilidad poco corriente en hombre de su edad y volumen.

—Usted deseaba verme —dijo de entrada.

—Sí, si es usted míster Coburn. Austin Coburn.

—¿Puedo saber quién es usted?

—Mi nombre no le dirá nada... Tengo algo que supongo le pertenece, o por lo menos sabrá qué hay que hacer con ello. Pero debo asegurarme de que es usted la persona que busco.

—Todo esto me parece más que sorprendente —gruñó, aunque con cierta ironía—. ¿Sabe usted? Por regla general, la gente se preocupa de que «yo» sepa quiénes son para acercarse a mí.

—Éste no es mi caso.

—Ya me doy cuenta.

—¿Posee usted un «Lincoln», míster Coburn?

—Sí.

—¿Sabe dónde está ahora?

Se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Suele utilizarlo mi hija. Lo lógico

sería pensar que está en el garaje. ¿Es que le ha sucedido algo al coche?

—Es curioso que pregunte si le ha sucedido algo al coche y no a su hija...

—No le de vueltas a los mismos asuntos. Sé que mi hija está bien. Todavía debe estar durmiendo porque se acostó tarde.

—Okey. El «Lincoln» está aparcado en Fairdale, junto a la estación del ferrocarril.

—Sorprendente.

—Hay un montón de cosas que lo son —refunfuñé, disgustado. Nada discurría por el camino que yo había imaginado, tal vez debido a que no estaba acostumbrado a discutir con millonarios—. En fin, míster Coburn, dejemos esto.

Saqué el diamante del bolsillo y se lo mostré.

—Este pedrusco estaba tirado en la parte posterior del «Lincoln». He supuesto que pertenecería al propietario del coche.

Lo tomó delicadamente entre sus dedos y lo examinó frunciendo el ceño. Entrecerró los ojos y quedó rígido, silencioso, reflexionando a toda presión.

Cuando pareció recobrar el habla gruñó:

—¿Sabe usted cuál es mi negocio?

—No tengo la menor idea.

Me miró con un extraño brillo en los ojos. Habló con sencillez:

—Soy el presidente y principal accionista del «National Trust».

Algo vibró en mi mente. «National Trust»... De pronto recordé que el cadáver que yo había abandonado entre las zarzas poseía una credencial con ese nombre.

—¿Y bien? —dije.

—El «National Trust» es la más importante empresa mayorista de diamantes del país. Nosotros controlamos el mercado, ¿comprende?

—Muy bien. Eso quiere decir que el diamante es suyo, ¿no es así?

—Supongo que sí. Lo que no me explico es cómo ha ido a parar al coche.

—Pregúntele a su hija —insinué irónicamente.

—Sí, creo que tendré que hacerlo... ¿Me dirá ahora cuál es su nombre, amigo?

—David; David Osborn, capitán piloto de la Fuerza Aérea.

—No le ocultaré que me ha sorprendido usted, capitán —dijo sonriendo—. He accedido a recibirle debido a la manera, digamos, un tanto brusca, que ha tenido de anunciarse... diametralmente opuesta a la actitud de cuantos desean llegar hasta mí. Y ahora me alegra haberlo hecho. Me gusta usted, capitán.

Estupefacto, no atiné a responder una palabra. Mientras hablaba, el millonario jugueteaba con el diamante, haciéndolo saltar en la palma de su mano.

De pronto añadió:

—¿Conoce usted a mi hija, capitán Osborn?

—Muy ligeramente.

—¿Sí?

—La conocí anoche, en un parador de la carretera. Es muy hermosa.

Sonrió.

—¿Eso es todo?

—No le comprendo.

—¿Desea usted saludarla esta mañana?

—No, gracias.

Eso pareció sorprenderle.

—¿Por qué?

—Prefiero no responder, míster Coburn.

—¿Sabe usted, capitán? La mayoría de hombres de su edad se las ingenian para ver a Marjory.

—Bueno.

Rió, esta vez abiertamente, y soltó entre dientes:

—Ya le he dicho antes que usted me gustaba.

Pensé que aquello ya había durado demasiado. Me disponía a iniciar la despedida cuando él dejó de hacer saltar el diamante y lo miró nuevamente, con aire distraído. Sin levantar la cabeza murmuró:

—A otro cualquiera le ofrecería una recompensa por haberme devuelto este diamante... Con usted no me atrevo.

—No he venido aquí en busca de ninguna recompensa, míster Coburn. Guárdese su pedrusco y asunto terminado.

De repente pegó un respingo y se acercó rápidamente a la ventana, donde examinó la joya con reconcentrada atención. Tardó

casi un minuto en volver a la realidad. Entonces se guardó el diamante en el bolsillo y volvió hacia donde yo estaba esperándole.

—Creo que ya no queda más por hablar, míster Coburn —dije—. ¿Querrá darle un recado a su hija, por favor?

—Naturalmente...

Me pareció que estaba distraído. Sin embargo le solté:

—Dígale que no me gustó el equipaje del que me dejó encargado.

—¿Cómo?

—Eso es todo. Ella comprenderá.

—Eso espero, porque yo no le veo ningún sentido... En fin, me gustaría saber dónde podré ponerme en contacto con usted si lo necesito.

—Iba a salir de vacaciones a las montañas... pero creo que voy a quedarme un par de días aquí. Me alojaré en el hotel «Di Lido», si hay habitaciones.

—Lo conozco... en la Collins Avenue. Seguro que encontrará habitación. Todavía no estamos en plena temporada.

Estreché su mano. O yo estaba equivocado, o el hombre había cambiado repentinamente. Parecía distraído, o tal vez preocupado...

Al diablo los millonarios. Me despedí rápidamente y minutos después rodaba fuera de la inmensa propiedad en busca del hotel. Después de todo, tendría que darme una vuelta por Miami y Miami Beach...

CAPÍTULO IV

Pasé el resto del día como un turista rutinario, dando vueltas por las calles, recorriendo la avenida Collins de punta a punta, asomándome a las playas y extasiándome ante los gigantescos hoteles, verdaderos monumentos erigidos al lujo y al placer.

Sólo al anochecer regresé al hotel «Di Lido» dispuesto a acostarme y dormir. Me invadía una extraña sensación de desconcierto, de disgusto contra algo indefinido. Además, estaba cansado físicamente, o tal vez el cansancio era producido por mi continua lucha para olvidar el cadáver arrojado entre las zarzas, la jugarreta de que había sido víctima y mi fracaso con Marjory.

Al pedir la llave al recepcionista, éste me dijo:

—Han estado llamándole por teléfono, míster Osborn.

—¿Quién?

—No ha querido dar su nombre, señor. Era una señorita...

—Gracias.

Me encerré en mi habitación. Sólo una mujer podía haberme llamado: Marjory, aunque maldito si sabía qué podía desear de mí. O quizá tenía otro cadáver entre manos y quería endosármelo.

Permanecí bajo la ducha un largo tiempo. Después me enfundé en un pantalón de pijama y fumé tendido en la cama, contemplando los arabescos que el humo dibujaba en el aire antes de desvanecerse contra el techo.

La clara noche de Miami brillaba con millares de estrellas al otro lado de la ventana. Estaba pensando que era una manera estúpida de pasar mis vacaciones en un lugar hecho para el placer, cuando alguien golpeó suavemente en la puerta.

—Entre.

Sin levantarme, volví la cabeza. La puerta se abrió y el estupor

me dejó mudo.

Marjory entró, cerró la puerta a sus espaldas y se quedó apoyada contra ella, mirándome con la respiración agitada, más hermosa que nunca.

—Hola, David —balbuceó al fin.

Me costó un gran esfuerzo incorporarme hasta quedar sentado en el lecho.

No dije una palabra, esperando a ver qué iba a seguir. En el fondo, estaba mudo de asombro, admirado de su desfachatez.

Entonces añadió:

—Mi padre me ha dicho dónde te alojabas...

Tampoco respondí, deseando colocarla en una posición violenta.

Ella aguantó mi mirada durante unos segundos y al fin la desvió, mirando a su alrededor como esperando encontrar entretanto algo que pudiera explicarlo todo.

Finalmente, desconcertada por mi silencio, avanzó un paso apartándose de la puerta. Se detuvo, vaciló, inició una frase y enmudeció de nuevo. Poco a poco fue perdiendo el color rosado que adornaba sus mejillas.

Le costó un esfuerzo casi heroico articular las palabras.

—¿No tienes nada que decirme? —susurró.

—Sí.

—¿Qué?

—Muchas cosas, y todas desagradables para ti.

—David...

—¿Quieres oír las o temes que tu delicada epidermis no pueda resistirlas?

—Estás furioso.

—Algo así.

—Yo... yo... perdí la cabeza, David.

—Sospecho que el idiota que la perdió fui yo, niña. Tú sabías en todo momento lo que estabas haciendo.

—Te juro que...

—Pamplinas —la atajé secamente—. Quise pasarme de listo contigo al principio. Creí que había esperanzas de conseguir una aventura amorosa y... ¡Oh, al diablo! Me dejé engatusar como un novato.

—He venido a pedirte que me perdones, David.

Tanta humildad me desconcertó.

—A buena hora, muñeca. Considérate perdonada y lárgate de aquí. No sea que aparezca algún fiambre en el baño...

—¡David, por favor!

Su voz se quebró. Era una actriz maravillosa.

—¿Has hablado con tu padre de lo sucedido anoche?

—No... ¿Qué le has dicho tú? Estaba muy preocupado después de tu visita.

—¿Preocupado? Debería haber saltado de alegría por haberle devuelto el pedrusco.

Mostró su sorpresa con un gesto y avanzó, más decidida, hasta detenerse a un paso de mí.

—¿De qué estás hablando?

Le conté en pocas palabras lo sucedido con su coche y con el diamante. Eso no dispó su asombro.

—Pero... Ese diamante debió pertenecer a Arthur...

—Seguramente. Pero a juzgar por su documentación él trabajaba en la empresa de tu padre.

—Sí... era el socio más joven del «National Trust».

De nuevo cayó el silencio sobre los dos. La habitación estaba sumida en la penumbra. Entonces me di cuenta que mi atuendo no era el más adecuado para recibir visitas femeninas, pero no me moví.

—David... —balbuceó al, fin—. ¿Qué... qué hiciste con él?

—¿Te importa mucho saberlo?

—Sí.

—Eso debió haberte preocupado anoche, encanto, cuando me dejaste en la estacada en plena carretera y cargado con un cadáver como equipaje.

—¡Ya te he dicho que perdí la serenidad! No sé lo que me sucedió... sólo me di cuenta de lo que había hecho cuando ya estaba en el tren.

—Un poco tarde, ¿no te parece?

—Por eso he venido ahora.

—Ya veo.

De repente tiró el bolso sobre la cama y se dejó caer sentada a mi lado. Habló nerviosamente:

—Estoy portándome como una tonta sólo para pedirte que me

perdones. Anoche... mi encuentro contigo, tan distinto en todos los conceptos a lo que estoy acostumbrada... y después el crimen... Yo apreciaba mucho a Arthur... nos conocíamos desde niños...

—Me dijiste que estabas comprometida. ¿Era con él ese compromiso?

—¡Oh, no! Aunque... creo que él me quería.

—¿Por qué te habías citado con él, si tu novio es otro?

—Fue Arthur quien me citó a mí, David. Me llamó por teléfono para concertar esa cita en el parador. Dijo que tenía algo muy importante que decirme. Me pareció bastante emocionado... y... y después estaba muerto...

Se estremeció y su voz se quebró en un sollozo contenido. Esperé unos instantes antes de hablar.

—¿No te dijo qué era lo que quería decirte?

—No...

—Pero tú imaginaste algo al respecto, ¿no es cierto? Según dicen, las mujeres poseen un sexto sentido para estas cosas.

—Bien... pensé que tal vez quisiera hablarme al fin de su amor. Hacía pocos días que mi compromiso se había hecho público y me imaginé que eso le había empujado a reaccionar.

—Comprendo... ¿Sabía tu novio que ibas a acudir a esa cita?

—¿Cómo podía saberlo? No, no creo que tuviera ni idea... ¡Eh, un momento! ¿Tratas de insinuar que Gary mató a Arthur?

—¿Se llama Gary?

—Sí, Gary Lewine... Es gerente del «National Trust».

—Por lo visto todo queda en familia.

—Dime... ¿Por qué me has preguntado eso?

—No sé. Puede ser una posibilidad.

—Debes estar loco. Gary es incapaz de ninguna violencia. No he visto nunca a nadie más pacífico que él... Además, hay la suficiente confianza entre nosotros para que, de haber sabido mi pequeña escapada, hubiera venido directamente a mí para saber a qué atenerse.

—Tú lo conoces mejor que yo. Sin embargo, es indiscutible que alguien se cargó a aquel desgraciado, de manera que...

—Pero no fue Gary. Y no creas que se trata de una afirmación gratuita... No; sé la clase de carácter que tiene. A veces me exaspera por su frialdad. Posee una calma desconcertante.

—Ya veo... un perfecto hombre de negocios, ¿eh?

—Sí... me parece que es así.

—Okey. ¿Eso es todo lo que tenías que decirme?

—Casi todo... Estás deseando que me vaya, ¿no es cierto?

—Bien...

—¿Ya no recuerdas todo lo que me dijiste anoche?

—Lo he olvidado. Tu actuación borró todo lo demás.

Vaciló, un tanto violenta. Después murmuró:

—¿Sabes? Nunca he rogado nada a un hombre... jamás pensé que llegaría al extremo de humillarme de esta manera... Siempre han sido los hombres que he conocido los que me han suplicado a mí.

—Ya empezaba a ser hora de que cambiases de costumbres. Además, con los otros no te has encontrado cargada con un muerto. Se estremeció.

—¿Por qué hablas así? Era amigo mío...

—Desde la infancia, ya lo sé. Pero eso no quita para que ahora no sea más que un fiambre. Y si te marchas ahora, encanto, podré acostarme.

Me miró recto a los ojos. Estaba muy cerca de mí, tan cerca que su aliento cosquilleaba mi cuello. Incluso dentro de la penumbra, vi cómo sus ojos relucían, hermosos y húmedos de llanto contenido.

—Me pregunto si siempre tratas así a las mujeres... —murmuró, levantándose.

—Acostumbro a tratarlas como lo hice anoche contigo. Resulta más agradable. Pero tu caso es algo especial.

Asintió con un gesto, giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta andando lentamente. Seguramente esperaba una llamada por mi parte, pero apreté los labios y permanecí mudo hasta ver cerrarse la puerta tras su espalda.

Seguí unos minutos inmóvil, descontento conmigo mismo. Pensé vagamente en lo que hubiera sucedido caso de haberme comportado de otra manera.

Sacudí la cabeza en un vano intento de alejar esos pensamientos y me derrumbé de espaldas sobre la cama. Busqué un cigarrillo y fumé de cara al techo, aspirando sin quererlo el delicado perfume que había quedado flotando en, la habitación. Una fragancia desprendida de ella, de todo su maravilloso cuerpo, firme y

tentador...

Arrojé el cigarrillo a través de la ventana abierta y traté de dormir. No resultó una empresa fácil ni mucho menos. Una zarabanda de pensamientos inquietaban mi mente. Naturalmente, en el centro de todos ellos surgía, dominándolos, la turbadora imagen de Marjory.

Pasé la mayor parte de la noche en estado de duermevela, agitado, con sueños y pesadillas. Estaba a punto de amanecer cuando al fin conseguí olvidarlo todo y dormir normalmente.

Sin embargo, esa felicidad no duró tanto como yo hubiera deseado. Un timbre comenzó a escandalizar devolviéndome a la realidad ruidosamente.

Parpadeé, cegada por el sol que entraba oblicuamente por la ventana. El timbre continuaba sonando, de manera que descolgué el auricular del teléfono y solté un gruñido, amodorrado aún.

La voz de la telefonista anunció:

—Un instante, míster Osborn. Van a hablar con usted.

Sonó un chasquido. Una voz de hombre preguntó:

—¿El capitán Osborn?

—Al habla.

—Aquí Austin Coburn. ¿Le he despertado?

—Sí.

—Lo siento.

—Olvídelo. ¿Qué pasa ahora?

—Me gustaría hablar con usted, capitán... esta mañana a ser posible.

—Vaya. ¿Ha perdido usted algún otro pedrusco?

Trató de soltar una risita, pero sólo consiguió una especie de gruñido. Después explicó:

—Mandé al chófer a donde usted dijo que estaba el coche.

—¿Y bien?

—Había desaparecido.

Me enderecé en la cama, súbitamente interesado.

—¿Cómo ha dicho?

—Desaparecido. Alguien se lo ha llevado.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Nada, ya lo sé. Pero me interesaría mucho cambiar impresiones con usted...

De repente me dije que ya estaba harto de millonarios, de diamantes y de hijas de millonarios. Eso hizo que mi respuesta resultase un tanto brusca:

—Todo lo que yo puedo hablarle sobre el asunto se lo dije ayer, de manera que no veo la razón de entrevistarme con usted.

—Incluso siendo así me gustaría que pudiera venir a mi despacho, míster Osborn.

—¿Ha estado usted hablando con su hija, míster Coburn?

—No... La he visto esta mañana, pero no hemos hablado de usted en absoluto. ¿Debía haberlo hecho?

—No lo sé —confesé, deseando terminar cuanto antes.

—¿Va usted a venir?

Estuve tentado de decirle que si quería verme, había la misma distancia del hotel a su oficina que de su oficina al hotel, pero pensé que tampoco tenía nada que hacer.

—De acuerdo. Dígame dónde está esa famosa oficina...

Anoté las señas y colgué el auricular con un golpe seco.

Me sorprendió descubrir que, desde mi llegada al país, no había gozado de verdadera alegría ni un solo minuto. Sería cuestión de solicitar mi traslado otra vez...

Salté fuera del lecho y me metí en la ducha jurando entre dientes.

CAPÍTULO V

O el «National Trust» daba mucho dinero o el tal Coburn ponía mucha teatralidad en el asunto a juzgar por las proporciones y el lujo de su oficina. No creo que en la Casa Blanca el presidente disponga de una oficina semejante.

Una sucesión de secretarias, se me pasaron de mano en mano antes de penetrar en el palacio del millonario. Un despacho inmenso, con muebles regios, cuadros de grandes pintores en las paredes y todo un muro de cristal dejando ver una impresionante panorámica de la ciudad.

Austin Coburn se levantó sonriendo, rodeó la mesa, en cuya superficie hubiera podido aterrizar un bombardero, y salió a recibirme con la mano tendida.

—Le agradezco mucho que haya venido, capitán Osborn —dijo oír dialmente.

Hizo una seña y despidió a la hermosa secretaria que, a juzgar por el lápiz y el cuaderno de taquigrafía que tenía en la mano, había estado tomando alguna carta. Abandonó el despacho ondulando las caderas como si estuviera en un desfile de modelos.

—Siéntese, por favor.

Lo hice y encendí un cigarrillo. Nos miramos uno al otro en silencio durante unos segundos, hasta que él dijo:

—¿Le ha sorprendido lo del coche?

—No mucho... alguien debe habérselo llevado, tal vez para correrse una juerguecita.

Sacudió la cabeza.

—No, Osborn. El «Lincoln» ha aparecido despeñado. La policía lo ha encontrado al fondo de una cantera abandonada.

—Ya veo.

—Pero lo importante no es el coche, capitán...

Calló, como buscando las palabras más concisas con que expresar lo que tenía entre ceja y ceja. Me pregunté una vez más qué demonios pretendía de mí.

En vista de que yo no decía una palabra, añadió:

—Lo realmente importante es el diamante que usted me trajo, capitán Osborn.

—¿Por qué? Usted negocia en diamantes y el que yo le entregué estaba en su propio coche. ¿Dónde está lo extraño en ese caso?

Me miró fijamente y cuando habló lo hizo cuidadosamente, eligiendo cada palabra.

Dijo:

—Nosotros negociamos en diamantes, es cierto... pero con diamantes legítimos, capitán.

El significado real de sus palabras tardó un par de segundos en penetrar hasta el fondo de mi mente. Entonces pegué un respingo, asombrado.

—¿Pretende decirme que el pedrusco que yo le llevé...?

—Era eso solamente: un pedrusco.

—¿Falso?

—Tan falso como Judas.

—Pero... estaba en su coche...

—Ahí radica lo grave del problema. ¿Qué hacía un diamante falso en mi coche?

—Que me ahorquen si lo sé. Yo habría jurado que era legítimo.

—En eso tiene razón. Estaba magníficamente tallado. El que hizo el trabajo es un experto.

—No lo entiendo...

—Hay algo más, capitán —me miró, indeciso, antes de añadir con voz contenida—. Esa piedra que usted me entregó es la réplica exacta de un diamante de gran valor que debería estar en nuestra caja fuerte. Una copia perfecta.

—¿Debería estar?

—Eso he dicho. Lo he comprobado esta mañana en cuanto he llegado aquí. El auténtico ha desaparecido.

—Valiente embrollo.

—No lo sabe usted bien.

—Lo que sí comprendo es que les han robado un valioso

diamante y que ha aparecido otro falsificado. Hasta aquí está claro. Lo que no veo es qué relación puedo tener yo con todo esto. ¿Pretende que puedo saber algo de la falsificación?

—No, no, capitán. No lo he pensado ni por un segundo.

—En ese caso...

Me interrumpió con un ademán. Después dijo:

—Es algo difícil de explicar... usted se encontró con mi hija en un parador. Según usted me dijo, después vio el coche y al examinarlo halló el pedrusco...

—Exactamente.

—Bien... ¿Vio usted si alguien se entrevistaba con mi hija?

Reflexionó rápidamente. No había contado con semejante pregunta, de manera que era preciso pensar la respuesta. Sin embargo no había tiempo o él entraría en sospechas.

—No —afirmé—. ¿Por qué lo pregunta?

—Todavía no lo sé. El falso diamante tuvo que ser puesto allí por alguien determinado, ¿comprende? Si mi hija se entrevistó con ese alguien... Bien, la cosa estaría clara...

—Ya veo... Sin embargo, lo lógico sería preguntarle a su hija, míster Coburn.

Hizo un gesto de disgusto.

—No quiero alarmarla sin estar seguro del terreno que piso. No deseo hacer publicidad sobre este asunto del robo...

—Pero tendrá que notificarlo a la policía...

—No pienso hacerlo a menos que la compañía de seguros insista. Ellos tienen sus propios investigadores y a menos que el robo sea más importante de lo que parece...

—¿Cómo más importante?

—He ordenado a dos de nuestros expertos que revisen todos los diamantes que hay actualmente en nuestras cajas de seguridad. Quiero estar seguro de que sólo falta ese que yo he descubierto.

—Comprendo.

Encendí otro cigarrillo. Cuando exhalé la primera bocanada de humo me encontré con los vivos ojos del millonario fijos en mí.

—¿En qué demonios está pensando? —inquirí, sorprendido por la intensidad de aquella mirada.

Trató de sonreír y sólo lo consiguió a medias.

—Me preguntaba cuál sería la opinión de usted respecto a

Marjory...

—Es muy hermosa.

—¿Eso es todo?

—Para mí, sí.

—No creo que esté diciendo la verdad, pero no voy a insistir.

—¿Puede decirme a qué viene todo esto?

—Me parece usted un hombre de resoluciones firmes, decidido y de clara inteligencia. Me pregunto sí...

—¿Qué?

—Forzosamente debió extrañarle encontrar a una mujer joven y bonita completamente sola en un parador de carretera. ¿Qué pensó usted, capitán? ¿Cree que estaba esperando a alguien?

Aquello empezaba a complicarse. Si el hombre se decidía a atar cabos acabaría sospechando algo desagradable.

—Pudo estar esperando a su novio... aunque yo no lo vi. Cuando me acerqué a ella estaba completamente sola y nadie apareció por allí en su busca.

—¿Se marchó ella antes que usted?

—Sí.

—No comprendo qué podía estar haciendo allí...

—Ella está comprometida, según dijo. Tal vez se había citado con su enamorado en el parador.

—¿Con Gary? Imposible. Es un hombre de una seriedad escalofriante. Jamás hubiera concertado una cita amorosa en un lugar público. Sólo se entrevista con mi hija tres veces por semana, en mi casa, después del trabajo. Acude con la puntualidad de un reloj. Además —añadió deseando zanjar aquel detalle—. Gary estuvo conmigo casi todo el tiempo. Marjory llegó apenas unos minutos después de marcharse, él. Les tocaba entrevistarse —rió entre dientes—. Gary se puso furioso ante la ausencia de mi hija. Me reprochó el que la dejara tan suelta.

—Así el novio queda descartado.

—Eso es. Por eso me interesaba saber si se había encontrado con alguien más, alguien que bien pudo perder el falso diamante...

Me encogí de hombros con forzada indiferencia.

—Si se encontró con alguien allí yo no lo vi. O tal vez hubieran hablado antes de mi llegada, aunque no lo creo. Tendrá que preguntárselo a ella, míster Coburn.

—No me gustaría; créame. Pero éste es un asumo que me preocupa...

Aplasté la colilla en el cenicero y me levanté.

—Si es todo lo que deseaba de mí...

—Espere, capitán... ¿Trabó usted amistad con Marjory?

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído.

—Yo no diría que hice amistad con ella, sino todo lo contrario. Por lo visto me encontró repelente.

—No lo creo. A las mujeres les gusta hacerse rogar y Marjory no es una excepción. ¿Piensa usted verla otra vez?

—¿A dónde va usted a parar?

—A eso: Si habla usted con ella intente sacarle la verdad sobre su escapada al parador.

—¿Que yo le...? Usted debe haberse vuelto loco. ¿Por qué yo precisamente? Seguro que tiene usted amistades que lo sean igualmente de su hija para encargarles algo semejante.

—No lo comprende. En primer lugar, ninguna de esas amistades sabe una palabra de ese parador. Y, en segundo lugar, capitán, creo que usted obtendría éxito sin alarmar a Marjory. Es un tipo de hombre muy distinto de los petimetres que ella acostumbra a tratar.

—No cuente conmigo. Ella me detesta.

Se encogió de hombros.

—Creo que está equivocado, pero, naturalmente, es usted quien tiene que decidir.

Estreché su mano, deseando poner fin a semejante entrevista. No pareció muy satisfecho del resultado obtenido, pero no le quedaba otro camino que resignarse.

Estaba en camino hacia la puerta cuando alguien llamó a ella. Me detuve y esperé. La misma secretaria de antes entró, cerró cuidadosamente y se acercó al millonario tras dirigirme una mirada tensa.

Habló con voz tan baja que no entendí una palabra, pero sí vi cómo míster Coburn perdía todo rastro de color.

—¿Está segura? —murmuró, casi sin voz.

Ella asintió con un gesto y quedó esperando.

El millonario parecía aturdido. Dudé entre largarme o esperar para despedirme definitivamente, hasta que él reaccionó.

Dijo con voz ronca:

—Dígale que me aguarde. Iré a comprobarlo personalmente.

La mujer abandonó el despacho. Respiré con alivio.

—Espero que volveré a verle alguna vez, míster Coburn — comenté, reanudando la marcha hacia la salida.

—Espere, Osborn...

Giré sobre mis talones. El avanzó hasta colocarse a mi lado.

—Hay un millón y medio de dólares en diamantes falsos en nuestras cajas, capitán —gruñó entre dientes.

—¿Qué?

—Alguien ha sustituido los diamantes auténticos por otros falsos, tan perfectamente tallados e imitados como el que usted me trajo. Un millón y medio...

—¡Caray; míster Coburn! Es todo un pellizco. ¿Por qué me lo ha dicho a mí?

—No lo sé. Tal vez porque... No, es preferible no hablar más del asunto. Tendré mucho gusto en verle otra vez, capitán.

—Sí...

Salí de allí aturdido por todo aquello. No tenía pies ni cabeza. Un millón y medio robado. Un millonario proponiéndose sonsacar a su propia hija y confiándome algo que debía haber mantenido en secreto.

Al diablo con todo.

Tenía que largarme de una ciudad poblada por gente tan rematadamente loca. Haría el equipaje y reemprendería mis vacaciones. Sería la mejor manera de olvidar todo aquel embrollo que nada me importaba.

Pero ¡diablo! Un millón y medio de dólares son una montaña de billetes...

Volví al hotel y sin perder tiempo preparé las maletas. No iban a pillarme de nuevo como un inocente pajarito. Nada me importaba a mí aquel robo, o estafa o lo que diablos fuera. Mi permiso me autorizaba a vivir tranquilo, donde me diese la gana, fuera de la ciudad y lejos, muy lejos de líos y complicaciones. Para líos ya había tenido suficientes en Europa. No era cuestión de empezar otra vez.

Estaba a punto de llamar a recepción para que me preparasen la factura cuando alguien golpeó en la puerta.

—Entre —dije, cerrando la última maleta.

El que entró era un completo desconocido para mí. Tendría unos treinta años y era robusto, con unos hombros anchos. Se me antojó que en aquella anchura nada tenía que ver la confección de la americana.

—¿Qué desea usted? —inquirí, un poco sorprendido.

—¿Es usted David Osborn?

—Sí.

—Ajá... Hoy es mi día de suerte...

Avanzó resueltamente. Entonces me fijé en su cara. Unos pequeños ojillos, una nariz aplastada y una boca de labios delgados le daban un aspecto desagradable. Sus ojos casi desaparecían bajo las pobladas cejas.

—Me parece que debería explicar usted el motivo de su visita.

No dije más. El llegó junto a mí y su puño subió con tal velocidad que ni siquiera lo vi hasta que estalló bajo mi mentón. Salí volando, golpeé contra el borde de la cama y di una voltereta completa, cayendo al otro lado del lecho.

Quedé en el suelo, jadeando, gimiendo y preguntándome si me habría roto la barbilla. Me dolía como un infierno, y durante unos instantes no pensé siquiera en defenderme, tan aturdido estaba.

Después conseguí ponerme de rodillas y me apoyé en el lecho. Al otro lado, el matón, sonreía, burlón y seguro de sí mismo.

—Vamos, levántese —ordenó—. Sólo he hecho un poco de teatro. Lo justo para que comprenda quién lleva la voz cantante. ¿De acuerdo?

Me levanté. Mis piernas no estaban muy seguras. Jamás hubiera sospechado que un solo puñetazo pudiera causar semejantes efectos.

—¿A qué viene esto? —conseguí articular. Cada palabra me proporcionaba olas de dolor en la castigada barbilla.

—Ya se lo he dicho; una simple advertencia. Para que esté dispuesto a colaborar.

—¿Colaborar?

—No repita mis palabras, me pone nervioso.

Sacudí la cabeza. Era una especie de pesadilla incomprensible lo que estaba sucediendo.

Entonces comenzó a surgir la ira, la furia por la bárbara agresión. Eso desterró el dolor. Estudié a mi enemigo y me di

cuenta de cuán peligroso era. Fuerte despiadado y experto en aquella clase de salvajadas. Tenía que moverme con pies de plomo o lo pasaría muy mal.

—Está bien —dije—. Diga lo que desea y lárguese de una vez.

—Usted sabe qué es lo único que puede interesarme, compañero. De manera que será mejor que lo suelte de una vez y nos ahorraremos disgustos, ¿eh?

—Usted debe de estar loco. No comprendo una sola palabra de lo que está diciendo.

Hizo un gesto de disgusto.

—Es una pena —refunfuñó—, porque tendré que hacerle daño.

—Oiga...

—Quiero el diamante. Eso en primer lugar. Y luego lo que sacó del bolsillo del fiambre.

Quedé helado, desconcertado. ¿Cómo sabía aquel energúmeno lo del diamante y la existencia del cadáver? Es más; tampoco comprendía cómo podía saber mi intervención en el asunto.

—¿De qué está hablando? —mascullé para ganar tiempo.

Comenzó a rodear el lecho, acercándose a mí.

—Si quiere saberlo de esta manera...

Me largó otro puñetazo escalofriante, pero esta vez yo estaba prevenido y esquivé el golpe, sacudiéndole a mi vez con toda mi alma.

Le alcancé justo en el cuello. Rodó por el suelo, ahogándose, con la boca muy abierta en busca del aire que se negaba a pasar por su garganta. Una especie de rugido entrecortado brotaba de sus labios, mientras se revolcaba como un loco.

—Ahora tal vez lo tome con más calma —dije—. Vamos, levántese, compañero —terminé, empleando sus propias palabras.

Tardó más de dos minutos en poder ponerse en pie y aun entonces se tambaleó y tuvo que buscar apoyo en los pies de la cama.

Permaneció allí jadeando, tragando aire a borbotones y mirándome con ojos incrédulos. Entonces avancé un poco hacia él, deseando golpearle de nuevo para dar rienda suelta a la ira que me dominaba.

Eso fue una equivocación. Yo esperaba un nuevo puñetazo, o un intento de pegarme, pero no empleó las manos sino que me largó

un puntapié que me lanzó al otro extremo de la habitación sintiendo dolores de agonía.

Retorciéndome, creyendo morir de un instante a otro, gemí doblado como un gusano, retorcido y notando cómo el dolor se extendía en oleadas por todo el cuerpo.

Su burlona risa no contribuyó a despejarme. Pude apoyar la espalda en la pared y allí quedé, inmóvil, respirando como un fuelle y maldiciendo para mis adentros la estupidez que había cometido.

El matón se acercó lentamente, seguro de sí pero acariciándose cuidadosamente su cuello machacado.

—Eso le demostraré que no debe pensar en nada más que en obedecer —me advirtió—. Quiero el diamante y lo otro.

—¿Qué... qué es lo «otro»?

—¿Quiere volver a recibir?

—Encontré un diamante... nada más...

—Narices.

Se inclinó sobre mí y me agarró por la solapa, sacudiéndome contra la pared como a un muñeco de trapo.

—No me haga perder más tiempo. Quiero ese papel y el diamante.

Hubiera dado todo, mi dinero por saber qué diablos de papel era el que tanto le interesaba, y no precisamente para entregárselo.

—No tengo ya el diamante —confesé.

Me soltó, enderezándose de nuevo. Eso me dio un respiro, que era precisamente lo que yo deseaba. Aspiré con fruición.

—¿Qué ha hecho con él? —quiso saber.

—Lo he entregado a míster Coburn, el dueño del «Lincoln».

—¡Maldito sea! —estalló.

Por lo visto, su cerebro no funcionaba con tanta efectividad como sus músculos, porque se entretuvo algunos minutos reflexionando sobre lo que acababa de saber. Al fin pareció tomar una determinación.

—Okey —gruñó—. Tal vez esté diciendo la verdad. Pero no me diga que también le ha entregado el papel porque no lo creeré... de manera que démelo a mí y le dejaré en paz.

—No sé de qué papel habla. Yo no encontré ninguno.

—¿Quiere seguir recibiendo?

Sacudí la cabeza de un lado a otro, fingiendo un aturdimiento

que ya no sentía. Inicié la maniobra para levantarme apoyándome en la pared, como si todavía estuviera aturdido. El se apartó un paso y esperó, completamente seguro de su superioridad.

Quedó en pie, la espalda apoyada contra el muro, mirándome fijo. Sonrió.

—¿Se siente mejor?

—No mucho...

—Muy bien. Se sentirá muchísimo peor dentro de unos instantes si continúa con su estúpida negativa. Sé muy bien que se lo llevó usted cuando registró el cadáver.

—¿Cómo sabe que lo registré?

—Soy yo quien hace las preguntas. Vamos, démelo y no perdamos más tiempo.

—¿Qué contiene ese papel para que tenga tanto interés?

—Usted responde con otras a mis preguntas y así no vamos a ninguna parte. Ya estoy harto...

Vino hacia mí y descargó un puño como una maza. Lo esquivé y el golpe repercutió sobre la pared como un martillazo. Debió dolerle lo suyo, porque dejó escapar un aullido escalofriante. Estaba todavía con la boca abierta cuando le sacudí de abajo arriba. Su mentón crujió de manera espeluznante y su corpachón se derrumbó contra los pies de la cama.

Le seguí y caí sobre él con todo mi furor desencadenado. No le di tiempo a rehacerse, sino que le machaqué implacablemente, golpe tras golpe, deseando convertirlo en una piltrafa, hacerle pagar todo el dolor que él me había producido.

Sangraba como un cerdo y apenas si atinaba a defenderse, aturdido por el castigo. Pero no estaba vencido ni mucho menos. Consiguió eludir un mazazo que le habría arrancado la nariz de haber dado en el blanco, y de nuevo empleó los pies para luchar. La punta de su zapato se hundió en mi bajo vientre y me encontré dando vueltas por el suelo, maldiciéndome por haberle dado semejante oportunidad.

Sin embargo, impulsado por la ira y el furor me levanté mucho antes de lo que cabía esperar. Pero el bastardo ya tenía bastante.

Me encontré solo y vi la puerta abierta. Había escapado.

Tambaleándome, cerré la puerta y me dejé caer sobre el lecho. Ni siquiera cuando me habían expulsado de Europa había

experimentado semejante estado de indignación. Todo me empujaba a buscar al matón y acabar de machacarle. Después de todo, yo no era un chupatintas cualquiera al que se podía maltratar impunemente. Si había derribado dos aviones rusos sobre su propio territorio podía hundir a un matasiete bajo mis puños. Ya lo había demostrado.

De nuevo aplacé las vacaciones, no sin pensar, para consolarme, que tampoco dejarían que las disfrutara con tranquilidad ya que el ataque se repetiría mientras ellos creyeran que el maldito papel obraba en mi poder.

Y lo cierto era que yo también comenzaba a interesarme por el papel y por todo el asunto en general...

CAPÍTULO VI

Encendí otro cigarrillo y seguí esperando. Las primeras sombras de la noche envolvían aquellos alrededores ensombreciendo las espesas copas de los árboles y la gran verja que se extendía hasta hundirse en la oscuridad creciente.

Una vez más sentí la tentación de marcharme de allí y abandonar un asunto que yo mismo consideraba como una tontería. Sin embargo, no lo hice y continué sentado dentro del coche, fumando y viendo caer la noche.

Había consumido algunos cigarrillos más cuando un automóvil se acercó a toda velocidad, frenó bruscamente y maniobró para enfocar la enorme reja que cerraba el paso a la inmensa propiedad de los Coburn.

Los brillantes faros barrieron las sombras, parpadearon para llamar la atención del portero y luego quedaron amortiguados. Salté fuera del auto y me acerqué al pequeño descapotable que esperaba.

Tal como había supuesto, Marjory estaba ante el volante. Casi pegó un brinco al reconocerme.

—¡David! —exclamó sin poderse contener.

—Quiero hablar contigo.

—¿Has estado esperándome?

—Sí.

—¿Mucho tiempo?

—Más del que hubiera deseado.

El portero abrió la verja y se quedó allí, esperando. Ella murmuró, algo turbada:

—Sube... en casa podremos hablar. ¿Por qué no me has esperado dentro?

—Porque no estaba seguro de si me quedaría o no. Me han dicho

por teléfono que estabas fuera y que no sabían cuándo regresarías... He dejado una puerta de escape, ¿comprendes? Si hubieses cambiado de opinión me habría marchado sin que nadie supiera mi presencia aquí.

—¿Por qué?

—¡Oh, al diablo! Vamos a tu casa.

Me instalé a su lado y ella condujo despacio hasta la entrada principal de la enorme mansión. Dejó el coche al pie de las escaleras y me guió hasta el mismo salón donde me había recibido su padre.

—Siéntate —dijo, con cierta turbación—. Prepararé algo de beber... ¿Lo quieres con hielo?

—Sí.

Pulsó un botón, y cuando apareció el individuo con chaleco a rayas le pidió hielo. Antes de retirarse, el hombre le anunció:

—Hay tres cartas para usted, señorita...

—Las veré después.

—Una lleva sello de urgencia...

—Está bien, tráigala.

Mezcló las bebidas sin dirigirme la palabra en todo el tiempo. Cuando el criado regresó con el hielo y una carta se apresuró a despedirlo y unos instantes después se acercó a mí con los vasos en los que tintineaba el hielo.

—¿Me permites? —murmuró, mostrándome el sobre.

Lo abrió, sacó su contenido y se quedó rígida. Palideció y poco a poco se dejó caer sentada en una butaca como si las piernas no pudieran sostenerla.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, intrigado.

—Es... es una tarjeta de él...

—¿De quién?

—Arthur...

—¡El fiambre!

Me miró con reproche, pero asintió ligeramente con la cabeza. Le arrebaté la tarjeta de las manos. En realidad, no era propiamente del muerto, sino de alguien llamado Harry Single. Había también las señas y el teléfono del individuo. Y, en el reverso de la tarjeta, unas frases escritas apresuradas que rezaban:

«Marjory: Creo que me he precipitado. Si ocurre algo prefiero que guardes tú esta tarjeta. Arthur».

Durante unos instantes quedamos inmóviles, mirándonos estupefactos. Cuando reaccioné tomé el sobre y examiné el matasellos. Había sido depositado en el correo la misma tarde en que Arthur murió, en un buzón que, o mucho me equivocaba, o estaba cerca del parador de la carretera donde esta aventura había empezado.

—¿Qué crees que quiso decir? —murmuró la muchacha, casi sin voz.

—No lo sé. Tal vez se dio cuenta de que alguien le seguía los pasos y se asustó. Si fue algo así, el hecho de que lo primero que pensó fue en poner a salvo esta tarjeta demuestra el valor que él le concedía.

—Tengo miedo, David.

—Al diablo con eso ahora. ¿Conoces a ese Harry Single?

—No...

—¿Y tampoco has oído nunca hablar de él?

—No, David. Lo recordaría...

—Está bien, ya veremos más tarde quién es ese tipo.

Le devolví la tarjeta, pero ella dijo:

—Guárdala tú, David...

Tras una vacilación la introduje en mi bolsillo. Ella pareció alegrarse de esa decisión mía, y antes que pudiera decirle una palabra inquirió con voz suave:

—¿Por qué has venido a verme, David? Ha sido tan sorprendente ver que me esperabas...

—Han sucedido algunas cosas que me han obligado a cambiar de actitud. ¿Has visto a tu padre?

—... Casi nunca come en casa. ¿Por qué?

—Para saber el terreno que piso —dijo evasivamente: No deseaba meter la pata en el asunto de la estafa—. No obstante; no importa. He recibido una visita en el hotel.

—No te comprendo. ¿Eso te ha inducido a venir a verme?

—Poco más o menos. Esa visita es la de un matón que en lugar de palabras empleaba golpes y puntapiés para convencerme de que debía obedecerle.

—¡David!

—No ha conseguido más que recibir también su parte, pero quería el diamante y un papel que, según él, yo había quitado al muerto.

Se sobresaltó y todo asomo de color huyó de sus mejillas. No encontró voz suficiente para replicar basta pasados unos segundos.

Entonces murmuró:

—Ese hombre... sabía que tú...

—Sabía perfectamente mi intervención en el asunto de Arthur. Sospecho que le estropeé el juego en el último minuto.

—¿Quieres decir que... que nos vio?

—¡Naturalmente! ¿No lo comprendes? Lo más lógico es pensar que ese tipo es el que mató a tu amigo. Si estaba allí, si me vio cuando hice desaparecer el cadáver, tiene que ser el criminal sin duda alguna.

Se quedó sin habla. Encendí un cigarrillo y bebí un sorbo del *whisky* que ella había preparado. Cuando recobró la voz murmuró:

—Creo que estás equivocado, David... Si ese hombre fue quien mató al pobre Arthur, ¿cómo no le quitó allí mismo el diamante y ese papel de que te ha hablado? Debíó matarlo para apoderarse de todo eso, ¿no?

—Tal vez, pero hay muchas explicaciones para justificar el que no lo hiciera entonces. Por ejemplo: Tu llegada al coche; cuando te disponías a marchar de allí pudiste interrumpirle. Si se asustó y escapó de aquellos alrededores no tuvo oportunidad de acercarse al cadáver hasta que ya fue demasiado tarde para él. Pero debíó seguirme cuando me llevé el coche. Sólo así pudo ver que yo registraba el cuerpo. Se consideró perdido y huyó, de lo contrario hubiera examinado el coche después, cuando yo lo abandoné.

Eso tenía sentido y ella reflexionó sobre ello. Yo también le di vueltas a esa idea. Poco más a menos eso debíó pasar, aunque, si los hechos sucedieron como yo los imaginaba no dejaban de tener ciertas lagunas.

—Pero si volvió a tiempo para seguirte —opuso Marjory—, pudo registrar el cadáver antes de nuestra vuelta. Es muy extraño que llegase en el instante justo en que tú llegabas.

—Quizá, no tuyo oportunidad... Es posible que, al verse interrumpido por tu súbita vuelta al «Lincoln», y después, viéndote

hablar conmigo, temiera ser descubierto. O, y eso me parece también más que probable, el hombre fue en busca de instrucciones. Puede que no sea más que un instrumento a las órdenes de alguien más.

—Sí, eso tiene cierto sentido, David. Y debió seguirte para conocer tu identidad.

—Ya lo he pensado así. Y eso es lo que me hace estar convencido de que volverá a las andadas. Tratará de apoderarse por lo menos del papel que él cree que yo tengo, ya que el diamante sabe que está en poder de tu padre.

Me miró con la angustia reflejada en los bellos ojos. Hubiese sido una gran cosa que esa angustia naciera por mí, pero ella debía estar pensando en su padre.

—¿Y ese papel...? —dijo.

—No lo sé... ¡Espera! ¿No será esta tarjeta que acabas de recibir?

Respingó en su asiento.

—¡Claro! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? Y si es así, David, debe ser muy importante...

—Tendré que hacerle una visita a ese Harry Single —mascullé, intriguado—. Veremos qué tiene que decirme.

—¿Vas a mezclarte en esto, David?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? No puedo recurrir a la policía sin meterme en la boca del lobo. Y sobre mí pende la amenaza de ese energúmeno, ya que estoy seguro que me atacará de nuevo en busca de lo que tan importante parece ser para él...

Apuré el resto del *whisky* y aplasté la punta del cigarrillo en el cenicero, dispuesto a marcharme.

Pero ella me atajó.

—¿Vas a ver a ese hombre... ahora?

—Sí.

—Te acompañaré, David.

—Tú te quedas aquí, niña. No sabemos cómo reaccionará ese fulano si realmente está complicado en el asunto. Puede haber peligro.

—No importa. Contigo a mi lado nada me sucederá.

Me, encogí de hombros. En mi fuero interno me gustaba la idea de tenerla conmigo otra vez. Su proximidad era turbadora a causa

de su exquisita belleza, o tal vez fuese debido a la fragancia que se desprendía de su cuerpo. Sea como sea, no opuse más resistencia.

—Iremos en mi coche —decidió—. Al regreso podrás llevarte el tuyo.

Tampoco opuse objeción alguna, y unos minutos más tarde rodábamos en su pequeño bólido rumbo a la ciudad. Marjory conducía con habilidad, segura de sí misma y de la máquina que manejaba.

El aire silbaba al estrellarse contra la estilizada carrocería, alborotando la cabellera de la muchacha, dándole un aspecto más aniñado y atrayente. Uno deseaba besarla una y otra vez, sentiría estremecerse entre los brazos... soñar.

Pero a noventa millas por hora no se puede perder el tiempo en sueños ni distraer a quien lleva el volante entre manos, de manera que me mantuve callado hasta que llegamos a las iluminadas calles de Miami.

Entonces pregunté:

—¿Conoces la calle, niña?

—Sí..., debe estar cerca de Balboa, en el distrito residencial.

Siguió conduciendo con más precaución. Las luces arrancaban destellos a la baja carrocería y el pequeño coche se deslizaba entre los demás con la agilidad de una anguila.

—No detengas el coche delante de la casa —le advertí—. Nos acercaremos a pie para examinar los alrededores.

Obedeció, y cuando estacionó el auto y apagó los faros me miró, un tanto asustada.

—Ésta es la calle, David... Y ahora es cuando tengo miedo.

—Está bien yo tampoco —estoy muy tranquilo. Te quedarás en el coche y me esperarás, ¿de acuerdo?

—¿Quedarme aquí, sola? Ni lo sueñes.

—¡Maldita sea! No puedes venir conmigo. Si hay jaleo sólo serías un estorbo.

—No lo seré.

Abrió la portezuela y saltó a la acera. Comencé a arrepentirme de haberla dejado acompañarme.

—Okey, pero después no te quejes —le advertí.

Sonrió en la oscuridad y se agarró a mi brazo cuando echamos a andar. Se apoyó tan apretadamente que su cuerpo presionó mi

brazo de tal manera que de nuevo sentí deseos de besarla y...

—¿Qué crees que opinaría tu novio si te viese ahora? —dije para romper la tensión.

—No me importa...

—¿No tenías una entrevista con él esta noche?

—No... ¡Eh! ¿Cómo sabes...?

—Las noticias vuelan, encanto. Ese tipo debe ser un tanto estúpido, ¿no?

—¿Quién?

—Tu prometido, ése... Gary. ¿No me dijiste que se llama así?

—Sí, pero no es ningún estúpido.

—Lo es —afirmé—. Reglamentar las entrevistas a horas y días fijos, dejarte sola tanto tiempo... ¿Dónde habrá aprendido a hacer el amor a una mujer?

Rió por lo bajo y se apretó un poco más. En todos los idiomas aquella era una provocación, pero cuando me disponía a responder a ella me di cuenta de que estábamos cerca del número que buscábamos y aplacé el intento.

—Aquella debe ser —dije, señalando la segunda casa que aparecía, oscura y silenciosa, delante nuestro.

Todas las de la calle eran semejantes, de una sola planta, con un limitado jardincito en su parte delantera y una verja de madera cercándolo. Una verja destinada solamente a delimitar la propiedad de cada uno y a servir de adorno.

—¿Crees que estará en casa? No se ve luz...

—Quizá la haya en la parte trasera... Daremos una vuelta antes de llamar y...

—¡Calla!

La exclamación había sido contenida, con la voz alterada.

Me arrastró contra la verja y quedamos medio ocultos por las ramas de una mimosa que se desbordaba fuera del jardín de la casa vecina a la que nos interesaba.

—¿Qué sucede? —murmuré.

—Mira...

Tenía razón. Un hombre acababa de aparecer en el jardín de al lado. Andaba muy apresurado, pero se detuvo antes de pisar la acera y miró precavidamente a ambos lados de la calle; Marjory susurró:

—Lo he visto salir de la casa, David...

El desconocido, apenas una sombra oscura, se decidió a marchar hacia la calle y casi corrió al atravesarla. Era un tipo alto y robusto, y al cruzar ante el farol de la otra acera nos permitió verlo con cierto detalle.

Y noté cómo se me alteraba el pulso, al mismo tiempo que de los prietos labios de Marjory escapaba una especie de lamento.

—¡Silencio! —murmuré secamente.

—Pero, David... ¡Es papá!

—Ya lo he visto. Ahora cállate.

Míster Coburn apresuró el paso al llegar a la acera opuesta y se perdió en la oscuridad. Sin embargo, segundos después un motor runruneo al ponerse en marcha, brillaron las rojas luces de cola de un coche, y al fin se alejaron a buena marcha.

La muchacha dejó escapar un largo suspiro.

—Papá... —murmuró—. ¿Qué estaría haciendo aquí?

—Tal vez lo mismo que hemos venido a hacer nosotros.

—Pero ¿cómo pudo saber esta dirección? ¿Crees que él conocía a ese Harry Single?

—Eso es algo que yo no puedo saber, niña, pero se lo preguntaremos al amigo Harry en cuanto le echemos la vista encima. Vamos.

Ella me sujetó por el brazo impidiéndome salir de aquel escondite. La miré. En la oscuridad, su rostro no era más que una mancha pálida. Noté el temblor de su mano.

—Vámonos de aquí, David.

—¿A qué viene eso?

—Tengo miedo... y...

—Eso debiste pensarlo antes de querer acompañarme, Marjory. No vamos a abandonarlo todo porque tú estés asustada. Quédate aquí si quieres, pero yo voy a ver a ese tipo, sea quien sea.

—No... no comprendes. ¿No has notado nada extraño en papá?

—Sólo que parecía tener mucha prisa.

Suspiró y se apretó contra mí, temblando. Aquello ya pasaba de la raya, así es que hice lo que debía hacer.

La besé.

Su boca respondió a la caricia inmediatamente y el estallido se prolongó, creciendo como una marea. Su cuerpo se estremecía entre

mis brazos tal como había soñado pero, aparte de que era una sensación enloquecedora, había algo que desentonaba en el cuadro. Tal vez fuera la desesperada urgencia del beso, su miedo a lo que podía suceder... o quizá a lo que había sucedido ya, pero el caso es que no resultó algo tan maravilloso como podía haber sido.

Cuando se apartó balbuceó con voz entrecortada:

—Vámonos de aquí, David.

—Lo siento...

Sujeté su mano y la obligué a andar a mi lado hasta detenemos ante la verja de la casa vecina. Entonces me, miró y pude ver el miedo reflejado en sus tensas facciones.

—Los malos tragos hay que pasarlos pronto —dije en voz baja.

Atravesamos el jardín en dirección a la casa. Tuvimos la primera sorpresa al llegar a la puerta, ya que estaba abierta de par en par.

—Esto ya me gusta menos —gruñí—. Tu padre debía tener muchísima prisa...

No esperé su respuesta, sino que crucé el umbral y una vez dentro cerré cuidadosamente la puerta, con lo que una oscuridad completa nos envolvió como un sudario.

Entonces comencé a pensar que tal vez ella tuviese razón. No era una situación muy agradable aquélla. Pero ya que estábamos dentro de, ella no había razón alguna para no seguir adelante.

—¿Hay alguien aquí? —grité, haciendo esfuerzos para que mi voz sonara enérgica. No lo conseguí del todo, pero logré algo bastante aceptable.

Sin embargo, podía haberme ahorrado el esfuerzo. Nadie respondió.

Guardamos silencio casi un minuto. Al fin, Marjory susurró junto a mi oído.

—¿Qué supones que andaba buscando?

—¿Quién, tu padre? Cualquiera lo sabe... Es posible que haya relacionado al dueño de esta casa con el diamante de Arthur...

—Pero aquí no hay nadie...

—Bueno, si la intención de tu padre era registrar esto, el que no hubiera nadie es una ventaja.

—¿Por qué había de venir a hacerlo?

—Creo que es hora de que lo sepas, niña. El diamante que encontré en tu coche era falso, lo mismo que un montón de ellos

que alguien había colocado en las cajas fuertes del «National Trust» después de cambiarlos por los auténticos. ¿Cambia esto las cosas para ti?

—¡Santo cielo!

—Y ahora cállate y echemos un vistazo.

Avanzamos a tientas. Tropezamos con algún mueble, pero no hicimos ruido suficiente para ser oído desde la calle. Fue al penetrar en un corto pasillo que nos detuvimos con un estremecimiento.

—¡Mira, David! —balbuceó Marjory.

Señalaba la línea de luz que se deslizaba por debajo de una puerta cerrada. Debía ser una habitación que daba a la parte trasera de la casa.

—Bien, después de todo parece que vamos a darle una sorpresa a alguien —murmuré para darle ánimo—. De todas formas, colócate detrás de mí cuando abra la puerta.

Obedeció y avanzamos hasta la puerta cerrada. La abrí de golpe, sin preocuparme de evitar el ruido. Di un paso adelante, acostumbrando los ojos a la brillante luz, y de repente me detuve sintiendo cómo se me erizaba el pelo y una corriente de hielo subía por mi espalda.

—¡No entres! —grité, tratando de impedirle que viera lo que había allí.

Pero ya era demasiado tarde. Abrió la boca disponiéndose a chillar, mientras sus ojos se desorbitaban. Tuve el tiempo justo de taparle la boca y evitar el grito, pero forcejeó, histérica y enloquecida, y sus dientes se clavaron en mi mano como agudos cuchillos.

Le sacudí una bofetada con la otra mano. O pegué demasiado fuerte o ella estaba ya al borde del desvanecimiento. El caso es que sus ojos giraron en las órbitas, sus dientes soltaron su presa y se desplomó, como un fardo. No tuve tiempo de sostenerla y quedó sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y la cabeza caída a un lado. La dejé allí y cerré la puerta, enfrentándome con el espectáculo.

Desde luego, tuve que reconocer que era suficiente para desmayarse. El cuerpo yacía en medio de la espaciosa estancia, con las piernas abiertas y los brazos en cruz. Alguien le había machacado la cabeza con algún objeto muy pesado, porque lo que

quedaba de ella era un amasijo escalofriante que se mezclaba con el gran charco de sangre que se extendía sobre la alfombra.

Noté que el cuerpo estaba vestido con un sucio pantalón de trabajo y una bata azul de las empleadas en los talleres de pequeña mecánica; ni más ni menos lo que era aquella habitación.

Junto a la pared se encontraba un largo banco de trabajo, equipado con pequeñas y complicadas, máquinas, diminutos tornos y no menos pequeñas muelas.

—Un tallista —dije entre dientes.

Y de pronto comprendí. ¡Aquél debía ser el tallista que había realizado el trabajo en los diamantes falsos!

Me encontré mirando como hipnotizado el cuerpo con la cabeza destrozada, y mi mente comenzó a girar en torno a un hecho, un solo hecho:

La huida de míster Coburn...

CAPÍTULO VII

Al recobrar el conocimiento, Marjory se mostró aliviada al darse cuenta de que la había trasladado al coche. No obstante, tuve que emplearme a fondo para conseguir calmarla un poco. La histeria la dominaba, y no le habría costado nada ponerse a chillar en plena calle ante el recuerdo del espantoso cuadro que había presenciado, pero finalmente, parte de la entereza de su carácter volvió a ella y me miró fijo a la cara, temblando todavía.

—¿Qué piensas, David? —balbuceó.

Yo sabía a qué quería referirse, pero malditas las ganas que sentía entonces de hablar.

—En nada absolutamente —dije—. Voy a volver allá para ver si consigo descubrir algo que nos interese.

—¿Qué esperas encontrar?

—No tengo la menor idea, pero ese Single debía estar relacionado de alguna manera con tu amigo Arthur. Tal vez haya algo que nos aclare en qué consistía esa relación.

—No quiero quedarme aquí sola, David...

—¿Prefieres volver de nuevo a la casa?

Se estremeció y soltó un gemido.

—No... ¡Dios, no!

—Muy bien. Me esperarás aquí. Si adviertes cualquier señal de peligro, alguien que merodee por estos alrededores, toca el claxon. ¿Comprendido?

—Sí, David, pero...

No tuvo tiempo de seguir hablando. Un coche se acercó a toda velocidad, con una parpadeante luz roja sobre la carrocería, y fue a detenerse justo frente a la casa de Harry Single entre un rechinar de neumáticos.

No habían empleado la sirena, pero su manera de llegar demostraba que sus razones para presentarse allí eran muy urgentes.

—¡La policía! —Casi gimoteó Marjory.

—No me gusta eso. ¿Cómo han llegado tan oportunamente?

Me deslicé en el asiento, a su lado, y cerré la portezuela silenciosamente. La muchacha susurró:

—¿Qué hacemos?

—Espera un poco. Veamos cómo reaccionan. Tal vez se contenten con llamar y largarse al ver que nadie responde. He cerrado la puerta al salir.

—¿La has cerrado? ¿Cómo pensabas volver a entrar ahora?

—Por la parte trasera. He dejado la ventana abierta y la luz apagada. No sabía cuánto tiempo tardarías en recobrar el conocimiento.

Los patrulleros habían atravesado el jardín y desde donde estábamos podíamos escuchar los insistentes timbrazos. Después golpearon la puerta y al fin se cansaron de llamar y se apartaron un poco de la casa. Debían estar cambiando impresiones entre los dos. Un tercero se había quedado en el coche.

—Parece que se van, David —murmuró la muchacha.

—Espera.

De repente, una luz cegadora se encendió a un lado del coche y un poderoso faro móvil barrió la calle. Se deslizó como un gigantesco dedo hasta caer sobre nosotros, pasó de largo y, bruscamente, retrocedió y nos alumbró otra vez.

Y tan repentinamente como había brillado se apagó. Cegado por el relámpago, tardé unos segundos en distinguir a mi alrededor, y lo mismo le sucedió a Marjory. No obstante, dije hablando precipitadamente:

—Recuérdalo; nos estábamos haciendo el amor.

—¿Qué?

No lo repetí. Cuando el policía llegó a nuestro lado yo ya tenía mi brazo pasado por la cintura de Marjory y la apretaba contra mí ardorosamente.

—¿Qué diablos significa esto? —protesté cuando el agente se detuvo junto a la portezuela.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —Gruñó el hombre.

—No lo sé. ¿Hemos violado alguna disposición de tráfico al estacionar el coche?

—No se haga el gracioso y trate de pensar en el tiempo que llevan aquí parados. ¿Diez minutos?

—Algo así... supongo. No puedo saberlo con exactitud.

—¿Han visto salir a alguien de aquella casa?

Señaló la fatídica residencia del desgraciado Single.

—No... Por lo menos no nos hemos dado cuenta. Teníamos otras cosas en que pensar, agente.

Nos miró alternativamente. Una sonrisa comenzó a surgir en sus labios, como a regañadientes.

—Sí, ya lo imagino.

—¿Es que sucede algo?

—No lo sabemos. Hemos recibido una llamada, eso es todo.

Se disponía a retirarse cuando se acercó alguien más. Era otro de ellos, pero éste iba vestido de paisano.

—¿Qué ocurre, Barron? —indagó con voz chillona.

—Nada, sargento... He pensado que estos tórtolos tal vez pudieran decirnos algo de interés. Pero no han visto nada. Tenían «otras cosas» que hacer, según dicen.

Terminó con una risita irónica. El otro decidió:

—Tómeles los nombres y direcciones y que se larguen.

—¡Eh! —protesté—. ¿Qué demonios se cree que puede usted hacer?

—Lo que se me antoje. Los nombres y direcciones, Barron. Y que vayan a hacerse el amor a un lugar más tranquilo. Después regrese usted al coche. Nosotros vamos a ver si podemos entrar por la parte trasera.

Se alejó pisando firme, seguro de que sus decisiones eran inquebrantables.

El policía sacó una libretita y un bolígrafo. Le di nuestros nombres, y como dirección mía puse el hotel donde me alojaba. Sin embargo, el polizonte no se fiaba y quiso ver nuestra documentación.

—Capitán de las Fuerzas Aéreas, ¿eh? —rezongó, devolviéndome la credencial.

—¿Es eso algún delito?

Ni siquiera me respondió.

—Y ahora, largo de aquí.

Fue su despedida.

Marjory estaba temblando.

—No me atrevo a conducir, David... Estoy aterrada...

—Aparta, lo llevaré yo.

Cambiamos de sitio y separé el coche de la acera, avanzando despacio. Así tuve tiempo de ver abrirse la puerta de la casa y salir de ella un guardia como si el diablo le pisara los talones.

—Ya lo han encontrado —dije entre dientes.

Hundí el acelerador y el poderoso coche deportivo pegó un brinco hacia adelante. Me alejé de aquellos alrededores a tanta velocidad como pude, sin exponernos demasiado a rompernos el cuello.

—¿Qué supones que sucederá ahora? —balbuceó Marjory, cuando desembocábamos en la autopista, fuera de la ciudad.

—Se armará un jaleo de todos los diablos. ¿Recuerdas lo que ha dicho el guardia? Han recibido una llamada. Alguien debe haber denunciado el crimen... Tal vez tu padre. Eso les dará qué pensar. Los policías no son idiotas del todo y forzosamente relacionarán la muerte de ese tipo con algún asunto de joyas... recuerda que era un experto tallador, o por lo menos poseía un taller completo para ese trabajo.

—No puedo creer que papá haya llamado a la policía.

—Yo tampoco. Pero eso es algo que habrá que preguntarle a él.

Eso la sobresaltó y sus dedos se engarfiaron en mi brazo con fuerza inusitada.

—David... sollozó. —No... no creerás que papá...

—¿Que tu padre se ha cargado a ese tipo? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡Pero él no puede haberlo hecho!

—Alguien lo ha hecho, pequeña. Y, pensándolo bien, tu señor padre tenía mucha prisa cuando se ha largado de allí.

—¡Hay veces que te abofetearía! —estalló.

—Hazlo, pero antes echa un vistazo al cuentamillas...

Se mantuvo quieta, acurrucada sobre el asiento, y ya no volvió a despegar los labios hasta que detuve el coche ante la entrada de su inmensa propiedad.

—¿Cómo hay que hacer para que abran la reja?

—Es muy tarde ya... yo tengo una llave.

Saltó del coche sin esperar a que lo hiciera yo y abrió la enorme reja. Debía existir algún dispositivo automático, porque los dos batientes de hierro se abrieron suavemente apenas ella hubo sacado la llave de la cerradura.

Regresó a mi lado y no discutió mi decisión de seguir adelante. Sólo me advirtió:

—Date prisa a cruzar. Se cerrarán automáticamente.

Tuvo razón. Apenas el coche había cruzado cuando las dos rejas se cerraron en silencio.

Había luz en varias ventanas de la casa, y la puerta estaba abierta, con el mayordomo esperando.

—¿Está papá? —preguntó Marjory, dominando, su voz a duras penas.

—Sí, señorita. En la biblioteca.

—Haga el favor de decirle que le esperamos en el salón, Williams.

El hombre desapareció y nosotros fuimos a instalarnos en el salón que ya conocía.

—Por favor, David... —balbuceó la muchacha.

No dijo nada más. Me limité a mirarla sin despegar los labios.

Poco después entró míster Coburn y no pudo ocultar su sorpresa al reconocerme. Estaba más pálido que de costumbre y carecía de aquella seguridad que yo había advertido en él durante las otras entrevistas que habíamos sostenido.

—¡Vaya! —exclamó—. Es toda una sorpresa, míster Osborn...

—Papá...

Le hice una seña obligándola a callar. El hombre nos miró y una arruga de preocupación apareció en su frente.

—¿Qué sucede? —quiso saber—. Creo advertir algo extraño en los dos... Dime, hija. ¿Qué ocurre?

—Hemos estado de visita esta noche, míster Coburn —dije.

Me miró más fijo, más preocupado cada vez.

—¿De veras? —masculló.

—Queríamos ver a un hombre llamado Harry Single.

Se tambaleó como si acabase de recibir un directo a la mandíbula.

—¡Santo Dios! —gimió.

Marjory no pudo contenerse por más tiempo. Corrió hacia su padre y se abrazó a él. Comenzó a llorar con la cara oculta en su hombro, y el millonario le acarició el pelo mecánicamente, sin apartar sus ojos de mí.

—Siga, Osborn —dijo con voz que apenas se entendió.

—¿Qué más quiere que le diga? Hemos visto cómo usted salía disparado de la casa. Ha dejado la puerta abierta y nosotros nos hemos colado dentro. Eso es todo.

—¿Y han visto?

—Sí.

—Comprendo.

—Creo que es usted quien debe hablar, míster Coburn.

Marjory se revolvió entonces, entre sus brazos.

—¡Basta, David! —gritó—. No puedes hablarle así a papá... yo...

—Narices. Tú me mezclaste en este condenado asunto, ¿lo recuerdas? Si yo corro con los riesgos no voy a hacerlo solo. Quiero saber de qué lado pueden venirme los golpes.

Iba a replicar algo más cuando su padre se lo impidió.

—Deja, querida... El capitán tiene razón, aunque no sé a qué se refiere al decir que tú le mezclaste en esto...

—Lo sabrá más tarde. Ahora hable, y aprisa. La policía ha descubierto ya el cadáver y tiene nuestros nombres por habernos encontrado en la calle, cerca de la casa. De manera que lo más sensato es saber a qué atenernos... todos.

—Tiene razón —repitió—. Yo... deseaba hacer unas preguntas a Single... quería hacerle hablar, incluso ofreciéndole una buena suma de dinero.

—¿Cómo lo ha relacionado con el asunto de los diamantes falsos?

—¿Olvida usted que soy un experto, Osborn? Aquel diamante, y los demás que habían sido introducidos en las cajas, habían sido tallados y trabajados por un artista, un perito fuera de lo corriente. Ninguno de nuestros especialistas hubiera sido capaz de realizar semejantes trabajos. Comencé a pensar y recordé a Single, un verdadero artista en la materia, pero borracho y vicioso. Hubo una época que trabajó para nosotros, pero lo despedimos debido precisamente a su conducta tan... irregular.

—Ya veo...

—No quería dar publicidad al asunto hasta después de haber reunido a todo el consejo de administración del «Trust», así es que pensé hacer algunas gestiones por mi cuenta...

—Okey; decidió usted entrevistarse con Single. ¿Qué sucedió allí?

—¿En casa de Single? Nada. Estaba muerto cuando llegué.

Marjory suspiró, aliviada, y se apartó un poco de su padre. En sus ojos había casi un desafío cuando me miró.

—Cuando yo lo he visto, después de salir usted, hacía escasos minutos que alguien le había machacado la cabeza, Todavía sangraba...

—Ya me he dado cuenta —murmuró—. No he permanecido dentro ni siquiera dos minutos. En cuanto he visto aquel espectáculo me he dejado dominar por el pánico y he salido corriendo... yo también he pensado que hacía sólo unos minutos que había muerto.

—¿No ha tocado usted nada?

—No.

—¿Llevaba guantes?

—¿Guantes? No...

—¿Cómo ha abierto la puerta?

—Estaba solo entornada cuando he llegado a ella. He pulsado el timbre varias veces y al fin me he decidido a entrar. Mi primera idea ha sido la de que Single estaba borracho y que por eso no respondía a mis llamadas.

—¿Y no llevaba usted guantes?

—No, ya se lo he dicho.

—Bien, nos hemos portado como unos estúpidos —mascullé, furioso—. Yo he podido arreglar eso, pero Marjory estaba inconsciente... y he perdido demasiado tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Encontrarán sus huellas... y las mías. Supongo que no ha sido usted quien ha dado aviso a la policía...

—¡Claro que no!

—Pues alguien lo ha hecho, lo cual quiere decir que ese alguien puede habernos visto a todos nosotros. Apuesto que les soplará los oídos a los polizontes, si éstos tardan demasiado en venir en nuestra busca.

Marjory se estremeció. Pero yo estaba demasiado preocupado para prestarle atención entonces.

—Ya que navegamos en el mismo barco —dije—, será mejor ponernos de acuerdo para capear el temporal. Cuénteme cómo está el asunto en general.

Me miró, expectante. La muchacha hizo ademán de querer intervenir, pero míster Coburn se anticipó.

—El capitán Osborn está hablando con mucho sentido común, hija. ¿Por qué no nos preparas algo de beber? Estoy seguro que nuestro huésped te lo agradecerá.

Tras una vacilación, ella obedeció. El millonario comenzó a hablar, primero con voz monótona, pero después se animó sensiblemente.

—Sé quién ha organizado el complot, naturalmente. El hombre que ha hecho el cambio de los diamantes buenos por los falsos... ¡El grandísimo traidor! Debió ponerse de acuerdo con Single...

—¿Cómo pudo éste falsificar piedra por piedra?

—Sólo hay un medio de poder hacerlo. Los diamantes eran retirados de nuestras cajas de uno en uno. O sea: se sacaba uno, que era entregado a Single. Éste hacía la copia y ésta se depositaba en el lugar del auténtico, en nuestras arcas. Entonces se escamoteaba otro y así sucesivamente. El último de esta cadena debió ser el que encontró usted en el coche.

—Así parece una cosa fácil...

—Lo es si está realizada por alguien de dentro...

—Está bien. ¿Quién es el genio que ha ideado semejante jugada?

Marjory llegó con los vasos. Tomé el mío y esperé a que el joyero tuviese también el suyo antes de insistir:

—¿Quién es, míster Coburn?

—Nuestro socio más joven... Arthur York.

Marjory dejó escapar un grito de estupor. Yo me limité a beber en silencio. El añadió:

—El mismo se ha delatado escapando. Ha desaparecido. Nadie sabe una palabra de su paradero... Es más; estamos haciendo algunas averiguaciones en sus cuentas privadas. Parece ser que últimamente ha tenido malas rachas en la Bolsa.

—Ya veo...

—Pero, papá...

—Espera, Marjory —la atajé—. ¿Quiere usted decir que ese York estaba en mala situación económica?

—Tanto como mala... En fin, depende de quién sea la persona que esté en esa situación. Era mala para un hombre de la posición de Arthur York. No obstante, para alguien de la clase media sería una buena situación monetaria.

—Comprendo.

—Sin embargo, no podrá ir muy lejos. Los investigadores de las compañías de seguros darán con él y...

—No lo encontrarán —afirmé.

—¿Cómo?

—Por lo menos, no lo encontrarán vivo.

Eran demasiados golpes para una sola noche. Encajó éste yendo a derrumbarse sobre una butaca. Desde allí murmuró:

—Siga, Osborn.

Le solté toda la historia desde el instante mismo en que me había encontrado con Marjory en el parador.

Quedó anonadado y le costó un esfuerzo tremendo recobrar la facultad de hablar.

—Debió tener un cómplice...

—Y éste decidió quedarse con todo el negocio. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí.

—Eso encajaría con el matón que trató de apoderarse del diamante falso y un papel... La gema le interesaba para evitar que el asunto estallara antes de tiempo. Y el papel... supongo que sería la tarjeta que Arthur York había remitido a Marjory. Lo insólito es esa tarjeta precisamente. ¿Por qué la mandó? Era poner en manos de ella la solución del delito...

—Quizá se vio acorralado por sus cómplices. Single y ese matón de que ha hablado usted. Si fue así, debió pensar que por lo menos ellos también pagarían su delito.

—Puede haber sucedido así...

—¡Tiene que haber sido así! —exclamó, más animado—. ¿No lo comprende? Se libraron de Arthur... y ahora, ese matón ambicioso ha matado a su otro cómplice para quedarse con todo el botín. Tengo que informar de todo esto a las compañías de seguros inmediatamente y...

—No corra tanto...

En alguna parte de la casa repiqueteó el timbre de un teléfono, pero nadie hizo caso de él.

—¿Qué está pensando, Osborn?

—Que no podrá mantener apartados a los polizontes de este asunto. Hay dos asesinatos de por medio, y eso no es trabajo de las compañías aseguradoras.

—Comprendo... Creo que tendré que hablar con mis abogados y...

Unos discretos golpes en la puerta le interrumpieron, y en el acto asomó el mayordomo. Su voz era perfectamente indiferente cuando anunció:

—Jim avisa desde la portería que la policía desea ver al señor...

—¿Qué?

La voz del millonario se quebró.

Williams añadió:

—Jim espera al teléfono, míster Coburn... no ha querido abrir hasta recibir instrucciones.

Aturdido, el millonario me miró como esperando una indicación.

—No puede negarse a recibirlos. Sería mucho peor.

—Sí... Diga a Jim que los deje pasar...

La puerta se cerró. Marjory ahogó un gemido y se acercó a su padre con la ansiedad reflejada en su semblante.

—No es momento de sentimentalismos —decidí—. La policía tiene el nombre de Marjory y el mío. Si nos ve junto a usted será peor para todos.

—¿Qué sugieres, David? —murmuró.

—Tú y yo nos mantendremos fuera de la escena de momento. Pero me gustaría poder escuchar lo que se hable aquí.

—Podemos quedarnos ahí al lado... y dejar la puerta entornada solamente.

—Okey.

Ella me guió hacia la puerta lateral, pero antes de abandonar el salón, míster Coburn gruñó:

—Si vienen por lo de Single... bien, diré la verdad, Osborn. Usted intente mantener a Marjory apartada de esto.

Asentí, pero en el fondo no estaba muy seguro de que aquélla fuese la mejor actitud en aquellos momentos.

La estancia donde habíamos entrado debía ser un saloncito pequeño e íntimo, aunque a oscuras, poco podía apreciarse. Sentí la mano de Marjory en la mía. Fue ella quien me guió hasta un diván y tomamos asiento, uno junto al otro.

—Podría echarme a llorar como una niña, David —susurró.

—Tendrás que dejarlo para más tarde, pequeña... los polizontes tienen el oído muy fino. Aunque... ¿crees que oirían el chasquido de un beso?

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora?

—A todas horas... pero en estos instantes más todavía. Necesitas algo que te anime.

La estreché contra mí y sus labios aletearon en los míos y me hundí en el beso con tanto entusiasmo como si entre nosotros no pesara la sombra de dos cadáveres.

Una eternidad... o unos segundos.

Hasta que las voces rudas de los policías resonaron en la estancia vecina.

CAPÍTULO VIII

Casi una hora más tarde, el último de los policías, abandonó el salón. Esperé todavía unos segundos y finalmente abrí la puerta y, seguido de la muchacha, me enfrenté con el millonario. Estaba sentado en una butaca, y cualquiera hubiese creído que tenía Veinte años más que minutos antes.

Nos miramos en silencio. Míster Coburn estaba terriblemente pálido y no podía descubrirse en él ni el menor rastro de su aplomo, una serenidad respaldada por sus millones que ahora se había esfumado.

—¡Papá! —sollozó Marjory, precipitándose en sus brazos.

No dije una palabra. Atravesé el salón y preparé unas bebidas con los mismos ingredientes que ella había traído antes de la visita policíaca. Les llevé un vaso a cada uno y vacié el mío de un trago.

—¿Lo ha oído? —murmuró el hombre.

—Todo —dije—. No se lo han llevado debido a su posición social y financiera, pero volverán, más agresivos que esta vez.

—Les he dicho la verdad. No podía ocultársela. Tarde o temprano descubrirían que había estado allí y...

—Ya sabían que había estado en casa de Single —afirmé.

—¿Qué?

Los dos me miraron, estupefactos.

—Naturalmente. ¿No ha advertido la seguridad de sus primeras preguntas? Iban sobre seguro. Esperaban que usted hubiera negado su visita al muerto para detenerlo sin más contemplaciones. Su sinceridad los ha desconcertado.

—Ahora que usted lo dice... sí, es posible que tenga razón. Iban sobre seguro... —repitió, preocupado.

—Hay algo más, míster Coburn. Ellos tienen el nombre de su

hija y el mío. Nos los han tomado a media manzana de distancia de la casa fatal. ¿Por qué no lo han mencionado? El nombre de Marjory y su apellido debe haberles saltado a la vista con la claridad de un relámpago, y cuando vienen aquí se lo callan. ¿Por qué?

Ninguno respondió hasta pasado un minuto. Entonces, la muchacha murmuró:

—Creo que sé lo que quieres decir, David...

—Naturalmente. Se guardarán ese triunfo en la manga hasta que hayan reunido suficientes pruebas para involucrarle a usted en el asunto y entonces atacarán con toda su artillería.

—Pero podemos contarles toda la verdad, incluso el robo de joyas y la muerte de Arthur York. Si les decimos cómo murió éste, y la existencia de ese matón que trató de...

—Baje de las nubes —le interrumpí, inquieto—. ¿Quiere decirles que York fue asesinado dentro del coche de Marjory, y que luego un desconocido, porque yo no conocía a Marjory entonces, se ofreció voluntariamente a deshacerse del cadáver? No creerán absolutamente nada de esa historia.

—¡Pero es la pura verdad! —estalló la muchacha.

—El que lo sea no quiere decir que la crean... a menos que tropecemos con el matón.

—¿Cree usted que podría localizarlo?

—No. A menos que él vuelva a ponerse en contacto conmigo.

—Entonces no adelantamos nada.

De nuevo, el teléfono sonó en alguna parte cercana, y esta vez sí que todos prestamos atención. Esperamos con mal reprimida impaciencia la aparición del mayordomo, y cuando asomó su cabeza por la puerta su voz totalmente calmada y normal casi sonó extraña en la electrizada atmósfera del salón.

—Jim anuncia la llegada de mister Lewine, señor.

Se retiró sin esperar respuesta. Por lo visto sabía de antemano qué tenía que hacer con semejante visitante.

—¿Quién es ése? —pregunté.

Marjory se removió, inquieta. Murmuró:

—Ya te he hablado de él... Gary.

—Ya sé. El «compromiso», ¿no es eso?

—Sí...

Míster Coburn nos miró, intrigado, y acabó por esbozar algo que muy bien pudo ser una sonrisa en otras circunstancias. En aquellos instantes sólo fue una mueca.

Me sorprendió la presencia del afortunado prometido de Marjory. Era extraordinariamente bien parecido, esbelto y ágil. Vestía ropas de alto precio, tan bien cortadas que cualquiera hubiera creído que acababan de salir del maniquí. Lo único que no encajaba en el cuadro era su «pose», su actitud de gran hombre, de personaje importante y que está convencido de serlo.

—¿Qué ha sucedido? —Fue su manera de dar las buenas noches.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir? —le espetó Marjory, tensa.

—La policía —explicó—. Han estado interrogando al guardián de las oficinas. Querían saber detalles de tu padre... y su dirección privada. En cuanto se han ido, el vigilante se ha apresurado a llamarme a mí.

—El vigilante —gruñó el millonario—. Mañana todo el personal estará enterado de esto.

—Pero ¿es que la policía ha estado aquí ya?

—Sí.

—¿Y ha accedido usted a recibirles?

—Naturalmente...

—¿Por qué? No pueden tratarle como a un ratero cualquiera, con visitas nocturnas y todo lo demás. Debió haberles mandado al diablo y...

—¿Cree que se puede hacer eso con la policía? —le atajé.

Me miró por primera vez, como si lo hiciera desde una altura olímpica. Enarcó las cejas y no respondió. Míster Coburn aprovechó para intervenir:

—Gary... Éste es David Osborn, un... un amigo nuestro.

—Nunca había oído hablar de él —gruñó despectivamente. Pareció olvidarse de mí en el acto y añadió—: ¿Ha avisado usted a nuestros abogados?

—Todavía no.

—¡Santo Dios! ¿En qué están pensando todos ustedes? Tenemos que ponerlos al corriente del asunto. No podemos consentir que esos polizontes metan las narices en lo que no les importa. Ya tenemos a los investigadores de las compañías de seguros y...

De nuevo metí baza, sólo por el placer de amargarle sus

retumbantes discursos.

—Los investigadores de seguros —dije— no pueden indagar en un par de asesinatos.

Pegó un respingo cual si acabara de ver una cucaracha en la sopa.

—¿Qué asesinatos? ¿Ha dicho asesinatos?

—Exactamente. O crímenes... hombres muertos violentamente. Creo que está claro, ¿no?

Me miró altivamente.

—No me gusta su manera de expresarse, míster... Osborn.

—Es una pena.

Se atragantó, pero dejó de prestarme atención para acercarse a Marjory. Daba la sensación de que hasta entonces no la había visto.

—¡Oh, querida! Qué cosa más horrible...

Le dio un beso en la mejilla con un gesto natural y desprovisto de todo apasionamiento. Tuve la vaga idea de que a ella le gustaba más mi manera de besar... aunque sólo fue una idea.

De pronto, se apartó de ella para ocuparse otra vez de los asuntos importantes.

—¿Ha dicho «dos» asesinatos? —preguntó con la voz temblorosa.

—Sí, Gary —farfulló el millonario—. Dos hombres han muerto ya en este asunto de los diamantes falsificados.

—¡Cielos! Dos hombres... ¿Pueden complicar al trust con esas muertes?

Por lo visto, lo único que le importaba respecto a los dos desgraciados que habían sido liquidados era su posible relación con el negocio.

—Mucho me temo que sí —murmuró míster Coburn.

Le contó a grandes rasgos lo sucedido. Miré a Marjory y la vi tensa. No parecía muy satisfecha de la presencia de su novio, lo cual me dio mucho que pensar.

Mientras duró el relato me acerqué otra vez a donde estaban las bebidas y preparé una para mí con una generosa ración de *whisky*. Estaba saboreándolo cuando la voz del millonario enmudeció, y en el mismo instante el elegante maniquí se volvió hacia Marjory acusadoramente.

—¿Cómo pudiste hacer una cosa semejante, querida? —le

reprochó—. Acceder a acudir a una cita en un parador... ¡Cielos, qué locura!

Lo dijo como si estuviera saboreando algo verdaderamente apuesto, como si hablase de una cita en un burdel.

—No empieces a decir tonterías —le atajó ella—. Arthur me había llamado por teléfono. Me pareció preocupado y por eso acepté; eso es todo.

—¡Claro que debía estar preocupado! Tenía motivos para estarlo, el muy granuja.

—¡Gary, por favor! Piensa que está muerto —saltó Marjory, indignada.

—¿Y qué? Eso no varía las cosas. Sigue siendo un ladrón que nos ha estafado una fortuna... ¡Y tú te citas con él en un parador...! Uno de esos «horribles» lugares... y haces amistad con el primero que se tropieza contigo. A veces creo que...

—Hay cosas más importantes de momento, Gary —le recordó el millonario con cierta acritud—. Marjory y tú tenéis tiempo de hablar de todo esto más tarde.

Dejó el vaso vacío y me dispuse a largarme de allí. Unos minutos más y acabaría saltándole los dientes al «hombre importante».

—Creo que ya es hora de marcharme —anuncié—. Les llamaré mañana para saber cómo están las cosas.

Desconcertado, míster Coburn me miró, como sorprendido por mi decisión. Marjory trató de sonreírme, pero tampoco dijo una palabra.

—Buenas noches —me deseó míster Lewine.

—Volveremos a vernos —le aseguré.

Marjory salió del salón detrás de mí y me acompañó hasta la puerta. Había un rutilante «Cadillac» junto al pequeño deportivo de ella.

—Te llevo hasta la salida —se ofreció.

—Bueno.

No despegó los labios hasta que la gran verja se abrió ante el morro del coche. Entonces murmuró:

—¿Te veré mañana?

—¿Lo deseas realmente?

—Sí, David.

—¿Y Gary?

Por toda respuesta se abrazó a mí y sus labios buscaron los míos como si de aquel beso dependiera la suerte del mundo.

Después murmuró:

—Cuando esto termine le diré lo que opino de él.

—¿Por qué no ahora?

—No quiero preocupar más a papá en estos momentos.

—Ya veo...

—¿Mañana?

—Sí, querida.

—¿Has dicho «querida»?

—Si.

Esta vez la iniciativa partió de mí y no hubo necesidad de más palabras. Cuando se separaron nuestros labios ella siguió apretada a mí durante unos instantes.

—¿Qué piensas hacer sobre este espantoso asunto, David?

—No lo sé. Creo que no puedo hacer otra cosa más que esperar a que el matón vuelva a las andadas, aunque si lo que andaba buscando era la tarjeta de Single, ya no le importará si es él quien lo ha matado.

—¡Estoy tan asustada...!

—Tómalo con calma... tiene que haber alguna solución en cualquier parte. Todo consiste en dar con ella.

Salte fuera del coche notando un temblor desconocido hasta entonces. Por primera vez en mi vida, sentía algo más que deseo por una mujer.

Esperé allí hasta que el coche hubo desaparecido, ya con la verja cerrada, y entonces fui a acomodarme en el mío. Encendí un cigarrillo y esperé. Quería saber cuánto tiempo permanecía allí el «hombre importante». Imaginé la escena que estaría armándole a Marjory por haber confraternizado conmigo... y casi me eché a reír.

Quince minutos más tarde salió. El «Cadillac» rugió y se alejó como un cohete, conducido de manera muy brusca. El tipo debía salir tan furioso que alguien tenía que pagar las consecuencias, aunque sólo fuera un inofensivo coche.

También emprendí el regreso, rumbo al hotel.

Me costó más de una hora conciliar el sueño, asaltado por mil descabelladas ideas. Y cuando había logrado olvidarme de todo y dormir, el teléfono comenzó a repiquetear. Lo arranqué de su

soporte de un manotazo.

—Osborn al habla —farfullé, medio dormido todavía.

—¿David Osborn? —quiso asegurarse mi comunicante.

—Sí.

Eché un vistazo al reloj y casi solté un juramento al ver la hora. Pero aquella voz en mi oído sonó, un tanto excitada:

—Tengo que proponerle un negocio.

—¡Maldita sea! ¿A estas horas?

—Escúcheme. Se trata del diamante y la muerte de un tipo llamado York. ¿Le interesa?

Di un salto en el lecho y quedé sentado, firmemente agarrado al auricular.

—Siga hablando —apremié.

—¿Le interesa el asunto?

—De momento, sí. Depende de lo que usted pretenda.

—Okey, amigo. Cuando discutimos usted y yo por primera vez no nos entendimos muy bien. Ahora será diferente...

¡El matón! Sólo podía tratarse de él.

—Así que usted es el tipo que me vapuleó, ¿eh? —dije.

—Bueno, digamos que nos vapuleamos. Pero ahora quiero tratar de negocios, compañero. Dinero contante y sonante.

—¿Cree que yo lo tengo?

—No, pero puede conseguirlo de la hija del millonario. A ella le interesará pagar. ¡Ya lo creo que le convendrá!

—¿Cómo está tan seguro?

—Sé muchas cosas.

—Está bien. Pero no daré un solo paso en este asunto hasta que haya hablado extensamente con usted. Quiero aclararlo todo a la perfección, ¿comprendido?

—De acuerdo. Tengo todas las pruebas... más de las que imagina. Lo único que deseo es dinero y tiempo para salir del país. Usted y esa niña me lo garantizarán.

Traté de pensar rápidamente, pero no era aquél el momento más indicado. Mi cerebro estaba demasiado ocupado.

—¿Dónde nos vemos?

Vaciló, hasta que pareció decidirse.

—Voy a darle una dirección. Pero no trate de pasarse de listo. Tendré a un par de amigos míos vigilando los alrededores. Si no

viene Usted sólo lo pasará muy mal.

—De acuerdo.

Me dio una dirección. Le hice esperar mientras buscaba papel y lápiz. Después indagué:

—¿Dónde está esa calle? No conozco la ciudad.

—Cualquier taxista le llevará. Queda cerca del «Club de Yates». Estaré esperándole dentro de media hora.

Y colgó sin esperar respuesta. Mientras me vestía comencé a reflexionar metódicamente. Lo de sus dos compinches podía ser o no cierto, pero no podía arriesgarme a comprobarlo a mis expensas.

Sin embargo, antes de salir abrí la maleta y saqué el estuche en que guardaba mi «*Parabellum*». Era un arma oficial, militar, pero con unos proyectiles capaces de abrir un boquete en la coraza de un tanque. Me aseguré de que estaba cargada y lista para disparar y abandoné el hotel.

Decidí tomar un taxi, tal como había indicado mi comunicante, y diez minutos después me encontré envuelto en la oscuridad que reinaba a espaldas del «Club de Yates». Vacilé ante la duda de lo que me esperaba allí, pero la confortable sensación de seguridad que proporcionaba en mí el peso de la «*Parabellum*» me decidió a seguir adelante.

Resultó que las señas que llevaba anotadas pertenecían a un espacioso almacén. Cuando me encontré ante la cerrada puerta, enorme y desproporcionada, me di cuenta de que en realidad aquella gran nave debía servir de depósito para los yates en reparación, o tal vez para los que debían permanecer grandes temporadas sin navegar. Era indudable que no era aquélla la puerta por la que debía entrar. No resultaba nada fácil manejarla.

Rodeé el edificio y así descubrí otra, normal y entreabierta. Asomé la cabeza sólo para darme cuenta de que el interior estaba tan oscuro como boca de lobo. No me gustó el panorama y acaricié la culata de mi gran automática antes de sumergirme en aquel mar de negrura.

Avancé despacio, pisando con infinito cuidado para no producir ningún ruido. La situación olía a encerrona a mil millas de distancia, pero ya que estaba metido en el lío llegaría hasta el final.

Al fin desemboqué en el inmenso pabellón. Unos anchos tragaluces permitían el paso de la casi inexistente claridad de las

estrellas. No obstante, era suficiente para distinguir las estilizadas formas de las embarcaciones alineadas por todas partes. Mástiles y armaduras por doquier. Y silencio. Y el húmedo y salobre olor del mar impregnándolo todo.

Pero no había ni rastro del hombre que me había citado.

Me mantuve inmóvil como una estatua, conteniendo hasta la respiración en un vano intento de percibir algún ruido, algún rumor que delatase la presencia de cualquier ser vivo.

No oí nada.

Comencé a pensar que, para ser una emboscada, estaba muy mal dispuesta. Yo no veía a mis posibles enemigos, pero ellos tampoco podían verme a mí. Eso me hizo adquirir el convencimiento de que podía tratarse de algo distinto, aunque maldito si adivinaba qué era.

Transcurrió más de un minuto sin que yo moviese ni un dedo. Y entonces escuché el rumor. Mis nervios dieron un tirón y apreté la culata de la pistola entre mis dedos. Era imposible ver nada en la oscuridad, pero los pasos se acercaban procedentes de mi derecha, de manera que hacia allí apunté el cañón de la automática y dije con voz contenida:

—¿Quién está ahí?

La respuesta fue de las que no se olvidan. Un arma llameó y algo zumbó por encima de mi cabeza. Pero no hubo estampido. Un silenciador.

Bien, por lo menos sabía a qué atenerme.

Me dejé caer de rodillas y, arrastrándome, llegué hasta la protección del casco inclinado de una motora. Desde allí atisé los alrededores sin resultado alguno.

De nuevo dejé oír mi voz:

—¿Qué demonios significa esto?

Una nueva llamarada. El proyectil se incrustó en alguna parte de mi parapeto, pero había conseguido lo que deseaba: ver la posición del traidor atacante.

Apreté el disparador de mi «*Parabellum*» una sola vez y el bronco rugido de la gran automática retumbó bajo la bóveda como un trueno. Resonó un estampido horrisono dentro de aquellas paredes, y la anchurosidad de la nave lo multiplicó cual si se tratara de un cañonazo.

Esperé con los nervios tirantes, pero no sucedió nada. Mi

enemigo debió comprender que con un arma semejante no pueden gastarse bromas. O tal vez temió que los estampidos atrajeran demasiados curiosos. El caso es que unos segundos después escuché los rápidos pasos de alguien que se alejaba a toda velocidad.

Sin embargo, todavía esperé unos segundos antes de moverme por si quedaba algún cómplice del atacante. Después reanudé el avance sin que estallaran más fuegos artificiales.

Me encontré plantado en medio del almacén sin saber qué partido tomar, hasta que algo semejante a un lamento me hizo dar un brinco.

Esperé con el alma pendiente de aquel sonido. Cuando se repitió no me cupo duda de que se trataba de un gemido, pero podía muy bien formar parte del plan para acabar conmigo. Una treta para atraerme y matarme con seguridad y rapidez, de manera que, guiándome por aquella ahogada voz, me deslicé de trecho en trecho hasta que hube atravesado todo el centro del edificio. Desde allí distinguí tan claramente los débiles gemidos que parecían sonar casi junto a mis pies.

No deseaba delatar mi presencia todavía, así es que me limité a golpear una embarcación con el cañón de la pistola.

Los lamentos cesaron de golpe, pero instantes después una voz que casi no lo era susurró:

—¿Osborn...?

—Sí —dije.

—Aquí... venga...

En lugar de una voz más parecía un estertor. Eso me convenció de que no era una trampa. Hay cosas que un hombre no las puede fingir por muy buen actor que sea.

Necesité encender un fósforo para ver dónde estaba el hombre. Tal como había sospechado, no se trataba de una celada.

El matón estaba tendido en el suelo, cerca de un hermoso yate enclavado en unos fuertes caballetes de metal forrado. De cara al techo, los ojos desorbitados y la boca abierta, respirando entrecortadamente, parecía querer aspirar del aire la vida que escapaba de su cuerpo por las dos grandes heridas que sangraban empapando su camisa.

El fósforo chamuscó mis dedos y lo solté ahogando una maldición. Encendí otro y me arrodillé a su lado.

—Demasiado... tarde... —suspiró, sin voz.

—Le ayudaré —dije, guardando la automática—. ¿Quién ha disparado?

—Ése... bas... bastardo. Ese ricacho...

No pude evitar un estremecimiento. Antes que pudiera preguntarle nada más boqueó desesperadamente y trató de hablar. No podía perder ni un segundo si quería sacar algo en limpio de aquel desgraciado.

—Escuche... ¿Fue usted quien mató a Arthur York? Ya no tiene objeto ocultarlo...

—Sí.

—¿Fue usted?

—Sí... —repitió—. Yo... en el coche.

—¿Y a Harry Single?

—No... él... él lo mató. Hijo de...

—¿Quién es él?

—Ese bastardo...

Apenas si le comprendí. Estaba acabando sus fuerzas. Y con ellas se le iría la vida sin haberme aclarado lo que tanto deseaba saber.

—Vamos, dígame su nombre. El nombre del que ha disparado contra usted...

—Sí... él...

—Su nombre.

—Me pagó... por hacerlo... fácil, todo fácil.

Empezaba a delirar y la vida se extinguía en él como una vela que se apaga.

—¡El nombre! —insistí con desesperación—. Dígame el nombre y le ajustaré las cuentas. Le vengaré a usted.

—Dijo... que... que todo saldría... bien... Un ricachón... yo...

De nuevo la cerilla quemó mis dedos y tuve que soltarla. Esta vez solté un taco, furioso por todo aquello.

Cuando encendí un tercer fósforo comprendí que el matón ya no podría decirme el nombre de su matador. Sus ojos seguían mirando al techo, pero la muerte se había instalado en ellos y estaban vidriosos, fríos y vacíos como cuentas de cristal.

No obstante, algo había dicho, lo suficiente para que una tempestad comenzara a rugir en mi pecho empujándome a terminar con la condenada situación que me había llevado a mí al borde del

desastre.

Busqué en sus bolsillos y me apoderé de su cartera. Acto seguido abandoné el enorme edificio y me alejé de aquellos contornos con todos los sentidos alerta por si el asesino había tenido la idea de esperarme fuera. Mas no sucedió nada. Podía haberme ahorrado las precauciones.

«Un ricacho», había balbuceado el matón...

Entré en el primer bar que hallé abierto y, tras encerrarme en la cabina telefónica, disqué el número de míster Coburn y esperé.

La voz que respondió al otro lado era monótona y desprovista de interés. Comprendí que estaba hablando con el mayordomo.

—Quiero hablar con míster Coburn —dije—. Es algo muy urgente.

—Lo siento, señor. A estas horas es imposible. Si tiene la bondad de darme su nombre y número de teléfono, míster Coburn se pondrá mañana en contacto con usted...

—No pierda el tiempo. Dígale que David Osborn quiere hablarle ahora mismo.

—No puedo, señor. Sinceramente, no me lo perdonaría nunca.

—¡Al diablo! Llámelo o me presento ahí y armo un escándalo.

El hombre soltó un gruñido. Después escuché un confuso murmullo de voces y un rumor sordo. En el acto, la voz de Marjory, cargada de ansiedad, vibró en mi oído.

—¡David! —exclamó—. ¿Qué sucede?

—Llama a tu padre. Necesito hablar con él inmediatamente.

—Pero, David. ¿No puedes decirme a mí lo que sea?

—Después. Ahora lo necesito a él.

—Está bien, espera.

Esperé sintiendo cómo mis nervios se tensaban hasta producirme una molestia física.

Cuando el auricular se movió otra vez comprendí que algo ocurría con sólo escuchar la voz de Marjory.

—¡No está en su cuarto! —sollozó—. ¡David, no está!

Algo se derrumbó dentro de mí. Algo semejante a un desgarrón en carne viva.

—Bueno, muchacha, no te preocupes...

—¡Pero papá ha desaparecido! ¿No lo comprendes? Jamás sale a estas horas... nadie sabe nada...

—Volveré a llamarte, querida.

Colgué antes que siguiera ametrallando el teléfono. No me sentía capaz de seguir hablándole.

No obstante, había otra llamada que deseaba hacer. Tuve que consultar la guía, y cuando marqué el número casi rogué a todos los dioses habidos y por haber que no respondiera.

Pero los dioses no me escucharon. Una voz preguntó:

—¿Qué desea?

—¿Gary Lewine?

—Sí. ¿Quién habla, por favor?

—¿Dónde ha estado esta noche?

—Oiga, ¿qué clase de broma es ésta?

Colgué. Lewine estaba en su casa. No podía haber estado en el almacén de yates tan sólo unos minutos antes y regresado a su domicilio a tiempo de recibir mi llamada.

«Un ricacho».

Una extraña amargura subió hasta mi boca al comprender lo que esta palabra quería dar a entender.

Pensé en Marjory. En lo que la muchacha significaba para mí y casi sin darme cuenta me encontré soltando una sarta de juramentos capaces de ruborizar a un cabo de marina.

Busqué un taxi y me hice conducir al hotel, en cuyo aparcamiento estaba mi coche. Era cuanto necesitaba en aquellos instantes.

CAPÍTULO IX

Detuve la marcha justo donde la enorme verja hacía esquina. Desde allí hasta las rejas de entrada anduve con la mente sumida en un caos y sin un propósito definido respecto a lo que me proponía hacer.

A mitad de camino me detuve, un tanto sorprendido al descubrir un taxi parado junto al bordillo. Tenía las luces apagadas, pero una tenue nube de humo brotaba del interior. Alguien mataba el tiempo fumando.

Arrimado a la verja traté de adivinar qué podía estar haciendo allí aquel coche. No había ninguna casa por aquellos alrededores excepto la de míster Coburn. Estaba todavía pensando en esto cuando descubrí a un tipo paseándose no muy lejos del taxi. El hombre encendió un cigarrillo, y a la luz del fósforo su gorra de uniforme. Era el taxista, lo cual quería decir que dentro del vehículo había alguien más.

Avancé resueltamente y cuando llegué a la portezuela trasera metí la cabeza por la ventanilla.

—¿A quién espera, amigo? —solté sin preámbulos.

La exclamación del hombre me dejó helado.

—¡Osborn! —dijo.

Abrí la portezuela y entré, dejándome caer al lado del millonario. Vi al taxista cómo se acercaba apresuradamente, pero una orden de míster Coburn lo alejó.

—¿Qué demonios hace usted aquí, metido en un taxi?

Tardó en responder. Después murmuró:

—Sinceramente, Osborn, no lo sé. Intentaba pensar, o quizá deseaba hallarme completamente solo...

—¿No estaría tratando de olvidar, míster Coburn?

—¿Qué tengo que olvidar? No le comprendo, capitán. Y ahora que se me ocurre... ¿A dónde iba a estas horas?

—Dígame primero a dónde ha ido usted esta noche Después tal vez le responda yo.

—Es algo extraño... difícil de explicar...

—¿Sí?

Verá... hemos tenido un disgusto con Gary. Usted sabe, se ha puesto tonto con Marjory y conmigo. No me ha gustado su manera de comportarse.

—¿Y bien? —le apremié al ver que se interrumpía.

—Bueno, he estado pensando en todo esto, y de pronto he recordado algo que Gary ha mencionado al despedirse y... y he querido aclararlo. He decidido ir a verlo y afrontar las cosas de cara. Hay asuntos que no pueden ser tratados en una oficina.

—¿Y lo ha aclarado?

—No...

—¿Qué es lo que le ha intrigado?

—Algo que ha dicho... no recuerdo ahora sus palabras exactas.

—Haga un esfuerzo.

—¿Tanto le interesa?

—No sabe usted hasta qué extremo.

Suspiró y se recostó contra el muelle respaldo.

—Ha sido cuando Marjory lo ha mandado a paseo... entonces ha dicho que cuando él terminase con nosotros ella no gastaría tantos humos...

—Vaya... ¿Es eso exactamente lo que ha dicho?

—No con estas palabras, pero sí era eso en esencia.

—Comprendo.

—Ahora le toca a usted, Osborn.

—Prefiero hablar de otra cosa. Por ejemplo: de Arthur York.

Noté cómo se aceleraba su respiración. Entonces seguí adelante.

—Supongamos —dije—, que York no fuera el culpable de la falsificación. Supongamos también, que él hubiera descubierto que había un diamante falso en un lote, y sigamos suponiendo que lograra descubrir quién era realmente el estafador. ¿No sería lógico pensar que antes de levantar la liebre quisiera hablar privadamente con Marjory, máxime teniendo en cuenta que él la amaba?

—¿Por qué precisamente con mi hija?

—Por eso concretamente; porque era su hija.

—Temo que no le comprendo.

—Si York descubrió que el culpable era alguien muy allegado a Marjory, antes de hacerle daño a ella quiso ponerla al corriente, tal vez con la intención de arreglar las cosas reservadamente. Así conseguía dos objetivos: evitar el escándalo al «Trust» y demostrar a la muchacha que estaba verdaderamente enamorado de ella.

—¿Pretende acusarme a mí, Osborn? —inquirió con la voz alterada.

Dudé entre responder o no. Decidí que antes quería saber algunas cosas más.

—Usted ha salido esta noche, míster Coburn. Yo también, y le aseguro que han sucedido algunas cosas que han cambiado mi punto de vista en todo este condenado asunto. Ahora sé que Arthur York no es quien movía los hilos de semejante trama.

—¿Que sabe...?

—Sí.

—Entonces, ¿quién es, Osborn?

—Dígame. ¿Por qué no ha podido aclarar sus dudas con Gary Lewine?

—¡Maldita sea! Porque no estaba en casa. He estado esperándole y...

—¿Que no estaba en su casa?

—No.

—¿Cuándo ha estado usted allí?

—No sé qué hora sería. No he mirado el reloj. Pero él no estaba.

—Espere...

—No le comprendo a usted. ¿Qué diablos está pensando?

Para mí, un resquicio de esperanza comenzaba a brillar. Después de todo, tal vez me había precipitado. Tomé una brusca decisión.

—Vamos, despida al taxista. Tengo el coche en la esquina.

—Pero, Osborn. Es muy tarde.

—Despídalo.

Salté fuera del coche y, tras una vacilación, él me siguió.

Esperé hasta que el taxi se hubo perdido de vista. Entonces llevé al millonario hasta mi coche y, cuando ya corríamos rumbo a la ciudad, le indiqué:

—Guíeme hasta el domicilio de Lewine. Y no haga preguntas.

Obedeció, completamente desconcertado.

Cuando detuve el coche encendí un cigarrillo y respiré hondo.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó mi acompañante—. ¿Por qué nos quedamos en el coche?

—Esto está a poca distancia del «Club de Yates»...

—Sí... apenas a cinco minutos de aquí está el «Club». Pero no veo que eso tenga importancia.

—Ajá. Pues la tiene, amigo. Supongo que a Lewine se le podría definir como un «ricacho». ¿No es así?

—Bueno... no es millonario, pero supongo que mucha gente lo tomaría por eso... por un ricacho.

—Muy bien; vamos a echar una parrafada con él.

Sorprendido, me siguió fuera del auto y me guió hasta el apartamento del gerente del «National Trust». Tuvimos que esperar un buen rato antes no se abrió la puerta.

Gary Lewine vestía un deslumbrante pijama de seda blanco con ribetes negros. Incluso tratándose de un pijama semejaba recién salido de la caja. Cualquiera hubiese supuesto que el hombre dormía de pie para no arrugarlo.

—¿Qué pasa ahora? —farfulló al ver a míster Coburn.

No cabía duda de que estaba furioso. Y al descubrirme a mí detrás del millonario su mal humor ascendió algunos grados más.

Le empujé sin contemplaciones y me colé en el apartamento. El millonario me siguió.

—Cierre la puerta —ordené, tajante.

—¿Quién demonios se cree que es? —gritó—. ¿Olvida que está en mi casa a semejantes horas de la noche?

—Cállese.

Pareció recibir un bofetón. Se irguió, majestuoso en toda su estatura, bello como una escultura.

—¡Maldito sea! —estalló—. Llamaré para que le echen de aquí. Yo...

No dijo más. Le hundí el puño en el estómago y su estatura se arrugó hasta convertirse en un pigmeo. Antes que pudiera recobrar el aliento le aticé duro bajo el mentón y volvió a crecer de golpe, incluso elevándose algunas pulgadas del suelo. Pero después cayó como un fardo y se entretuvo en gemir sobre la alfombra, indeciso sobre si debía acariciarse primero la barriga o el mentón.

—Quiero terminar esto cuanto antes, Lewine —le advertí fríamente—; de manera que será mejor que no se ponga terco. Levántese.

Míster Coburn me miraba, tan estupefacto como el bello ejemplar que pugnaba por ponerse en pie.

Cuando lo consiguió dije tranquilamente:

—¿Dónde tiene la pistola, Lewine?

—¿Qué está diciendo?

—Ya sabe... la pistola con silenciador. El arma con la que ha matado a su satélite de dos balazos en el pecho y con la que ha intentado hacer lo mismo conmigo.

—¡Usted...!

—Claro que era yo.

Tragó saliva penosamente.

—No sé de qué me habla. Pero tengo la impresión de que trata de hacerme responsable de alguna fechoría. Voy a llamar a mis abogados y...

—Nada de picapleitos. No está usted tratando con la policía todavía. Mis métodos son más directos. ¿Dónde ha estado esta noche?

—Aquí, naturalmente...

Miré a míster Coburn, que permanecía con la boca abierta. Entonces la cerró como un cepo.

—Mientes, Gary... yo he venido aquí dos veces... y no estabas en casa.

El tipejo se tambaleó. Aquello era algo con lo que no había contado.

—¿Qué dice ahora? —le apremié.

—No diré una palabra más... mis abogados...

Volví a golpearle y esta vez salió volando y fue a estrellarse contra el respaldo de una silla. Se armó un buen revoltijo por el suelo, pero finalmente consiguió desprenderse de la silla y levantarse.

En sus ojos había aparecido un brillo de locura y no podía apartarlos de mí. Sus dedos se engarfiaron sobre el respaldo de la silla. Sonreí. Cuando se precipitó contra mí con ella en alto lo esquivé fácilmente, y cuando se revolvió, enloquecido de furor, se encontró ante el cañón de la «*Parabellum*».

—Tómelo con calma, compañero. Ya sabe usted el estruendo que arma este trasto. ¿Quiere facilitar las cosas o tendré que seguir atizándole?

Míster Coburn se dejó caer sobre una butaca.

—Tú —murmuró—. Tú tenías que hacer una cosa así... cuando me debes todo lo que eres. ¿Por qué, Gary, por qué? No puedo comprenderlo...

Lewine se irguió. Ni la sangre que brotaba de sus labios podía estropear la armonía de su rostro, ahora crispado de furor.

Y se disparó como un chorro de agua a presión. Frente al millonario, semejó un dios pagano tonante de furia.

—¿Por qué? —bramó—. ¿Quiere saberlo, maldito sea usted?

—Gary...

—Usted me ayudó a subir. ¿Es eso lo que quiere echarme, en cara? ¡Claro que me ayudó! Me necesitaba. Precisaba de mi cerebro para convertirlo en parte de su fabuloso negocio... y me necesitaba a mí para tener siempre delante a alguien en quien descargar sus rachas de mal humor. Yo era su bufón. Me pagaba un buen sueldo, ¿no es así? Un buen sueldo para un buen bufón...

—Estás loco. Te hemos apreciado siempre. Marjory...

—¡Marjory! Una pequeña zorra capaz de liarse con cualquier perdulario que...

Descargué el cañón de la pistola contra su mejilla.

Hubo un estallido de sangre y el immaculado pijama de seda se ensució, mientras Gary Lewine gemía en el suelo.

—No vuelva a hablar así de Marjory, amigo —le advertí calmosamente.

—No puedo comprenderlo —repitió míster Coburn, completamente anonadado.

—Ya lo ha oído. Puede usted llamar a la policía y nos habremos sacudido el asunto de encima...

Como un sonámbulo, el millonario se acercó al teléfono. En el suelo, sobre la alfombra, Lewine había callado y me miraba con odio asesino. Me imaginé lo que me haría si se le presentaba la ocasión y me eché a reír. Yo me encargaría de que no hubiera ninguna oportunidad.

La voz de míster Coburn me llegó como si viniera de muy lejos. Después sonó el chasquido del auricular y de nuevo su voz,

diciendo:

—Llegarán en unos minutos...

—Okey. Usted se encargará de contarles el asunto. Lewine le ayudará con los detalles. El fue quien mató a Harry Singlen de manera que está listo.

—Pero ¿y Arthur York?

—A él lo mató un cómplice de Lewine. El podrá contarlo.

Antes que ninguno de ellos pudiera adivinar lo que iba a hacer, le descargué la culata sobre la nuca y el hombre se apagó como una vela. Mister Coburn no pudo evitar un grito de alarma.

—¿Se ha vuelto loco?

—No, pero quiero dejarlo atado como un paquete antes de irme.

—¿Irse?

—Naturalmente. No quiero esperar a los polizontes. Tengo otras cosas que hacer.

Conseguí amarrarlo y quedó convertido en un fardo sangrante. Después contemplé mi obra, satisfecho. El millonario masculló:

—No comprendo tampoco por qué no se queda usted... podría explicarlo todo mejor que yo y...

—Ahí está lo malo. Tendría que explicar también cómo escamoteé un fiambre, ¿lo recuerda? Además, alguien tiene que contarle a Marjory cómo ha terminado todo. Debe estar muy inquieta.

Respingó, estupefacto.

—Ya comprendo —murmuró después.

—Me alegra que así sea.

Sonrió entre dientes.

—Estoy seguro que usted sabrá tranquilizarla.

—Puede apostar lo que quiera a que lo haré.

Vino hacia mí y estrechó mi mano con entusiasmo. Dijo:

—Una vez le ofrecí una recompensa, Osborn.

—Y yo la rechacé.

—Reitero mi oferta.

—Repito mi negativa. Yo sabré tomarme mi propia recompensa.

—Sí, creo que lo hará...

Lo hice. Casi una hora más tarde, una hora totalmente intempestiva, pero lo hice.

La tranquilicé.

La besé apasionadamente.
Ella me besó también.
Y yo cobré mi recompensa...
Una maravillosa recompensa sin duda alguna.

FIN



eso
tiene
VETERANO
VETERANO
tiene
eso

BRANDY V.E.C.
VETERANO
OSBORNE
CASA FUNDADA EN 1711
PUERTO DE SANTA MARÍA

VETERANO
es de
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain